



*Plataforma de la
Oposición Obrera*

Alejandra Kollontai



germinal_1917@yahoo.es

Valencia, mayo de 2020

Hecha pública en febrero de 1922.

Tomado de *Autobiografía de una mujer emancipada*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1976, páginas 183-256. En nota editorial explica que el texto está tomado de diversas ediciones inglesas, francesas y castellanas, sin especificar, pero siguiendo la francesa de Jules Humbert-Drotz incluida en el apéndice a *De Lénine à Staline* editada por Éditions La Baconnière de Neuchâtel, s/f. Indica a Emilio Olcina como traductor.

Índice

La Oposición Obrera	3
El fondo del desacuerdo.....	5
La crisis del partido	7
El papel y la función de los sindicatos	15
La burocracia y la iniciativa de las masas	26

La Oposición Obrera

¿Qué es, la Oposición Obrera? Bajo el punto de vista de nuestro partido y de la revolución obrera internacional, ¿debemos felicitarnos de su existencia, o considerarla como algo perjudicial y capaz de disolver el partido, como un fenómeno «políticamente peligroso», según ha declarado Trotsky últimamente, durante la discusión abierta sobre los sindicatos?

Para contestar a estas preguntas, que interesan y desconciertan a muchos de nuestros camaradas obreros y obreras, hay que preguntarse, ante todo: 1) cuál es la composición de la Oposición Obrera y cómo se ha constituido; 2) cuál es la cuestión de fondo en la divergencia entre nuestros camaradas de los centros dirigentes del Partido y a Oposición Obrera.

Un hecho muy significativo sobre el cual nunca insistiremos bastante ante nuestros dirigentes es que la Oposición agrupa; dentro de las filas comunistas, al sector avanzado de los proletarios organizados. La Oposición cuenta casi exclusivamente con profesionales (los nombres de los firmantes de las tesis de la Operación sobre el papel de los sindicatos lo confirman). Ahora bien, ¿qué son los profesionales? Son obreros, la vanguardia, la cabeza del proletariado ruso, que ha soportado todo el peso de la lucha revolucionaria y que, en vez de dispersarse en las oficinas estatales y de perder con ello la vinculación con las masas obreras ha permanecido, por el contrario, ligada a ellas. Ser un profesional, conservar relaciones sólidas y vivas con el sindicato, con los obreros de su misma rama, durante estos años tormentos en que el centro de gravedad de la vida social y política se ha desplazado, yendo más allá del terreno profesional, no es fácil ni sencillo. La oleada revolucionaria ha arrastrado muy lejos de los sindicatos a los mejores elementos, los más capaces y activos del proletariado industrial, a unos al frente, a otros a la administración, a otros ante mesas de oficina frente a legajos, informes y proyectos.

Los sindicatos se han despoblado. Sólo los obreros con el más sólido espíritu proletario, la auténtica flor y nata de la clase revolucionaria, reacios a la corrupción del poder, a las mezquindades de la vanidad, a la tentación de hacer carrera en la administración, en una palabra a todo ese «burocratismo soviético», han conservado una vinculación estrecha con las masas, con los obreros, con estas «capas inferiores» de las que ellos mismos proceden, y han sabido preservar su ligamen orgánico con estos medios, contra la influencia de los pontífices del Estado soviético. En cuanto se calmó la situación en los frentes y la vida se orientó hacia la organización económica, estos proletarios auténticos e inquebrantables, estos representantes de su clase, los más preparados y sobresalientes, se apresuraron a despojarse del uniforme militar y a dejar de lado el papeleo para responder al llamamiento de sus hermanos, los obreros de fábrica, los millones de proletarios rusos que siguen teniendo, en la República Soviética del trabajo, una existencia miserable y vergonzosa de presidiarios... Estos camaradas, que están a la cabeza de la Oposición Obrera, han comprendido con su instinto de clase, que: algo no marcha. Han comprendido que a través de tres años de revolución hemos edificado, sin duda, el Estado Soviético y afianzado el principio de la República Obrera y Campesina de los Trabajadores, pero que la clase obrera, como unidad social indivisible con determinadas necesidades, intereses y objetivos unánimes y homogéneos, que desea por lo tanto una política uniforme constante, clara y precisa, desempeña en la República Soviética un papel cada vez menos importante, imprime cada vez menos su sello en las

medidas de toda especie que adopta su propio gobierno, dirige cada vez menos su política, influye cada vez menos sobre la actividad y las ideas de

los órganos centrales del poder. Al principio de la revolución, ¿a quién se le hubiera ocurrido hablar de capas «inferiores» o «superiores»? Las «masas», es decir, las masas obreras y los centros dirigentes del partido, formaban un solo bloque. Las aspiraciones nacidas de la vida misma y de la lucha en el peldaño más bajo de la escalera encontraban su expresión más exacta, su formulación más clara y enérgica en los centros dirigentes del partido. No había ningún antagonismo entre la cumbre y la base, no podía haber ninguno. Hoy, este antagonismo existe y ningún artificio propagandístico, ningún procedimiento de intimidación podrá alejar de la conciencia de las masas la idea de que los elementos que están en la cumbre de la administración soviética y del Partido comunista constituyen actualmente una nueva «capa social», perfectamente caracterizada.

Los profesionales que constituyen el núcleo esencial de la Oposición Obrera así lo han entendido, o, mejor dicho, lo han intuido con su preciso instinto de clase. Su primera preocupación ha sido la de vincularse a esas masas, ingresar en los sindicatos, que son el órgano de su clase, el órgano que ha quedado menos afectado por esos tres años de influencia disolvente de toda especie de intereses, extraños al proletariado (provenientes de la clase campesina y de elementos burgueses amoldados al régimen soviético), que deforman nuestra administración estatal y desvían nuestra política de su sincera línea de clase, orientándola hacia la ciénaga del oportunismo.

De modo que la Oposición Obrera está formada ante todo por los proletarios que han permanecido ante el banco o en la mina, por la carne de la carne de la clase obrera.

La Oposición Obrera resulta chocante por no tener grandes líderes ni personalidades, nada de lo que suele denominarse «jefes». Como todo movimiento sano y surgido de las relaciones sociales, ha aparecido en el seno de las masas obreras y sus raíces han crecido rápidamente en todas direcciones, llegando incluso a esos rincones de la Rusia Soviética donde ni siquiera se sabía aún que hubiera una oposición.

«Nosotros no teníamos ni idea de que en Moscú hubiera desacuerdos y discusiones sobre el papel de los sindicatos, dijo un delegado siberiano en el congreso de los mineros, pero ya nos inquietaban los mismos problemas que aquí se plantean.» Detrás de la Oposición Obrera están las masas proletarias o, mejor dicho, la Oposición Obrera es la parte más coherente, más consciente y más firme, hablando en términos de clase, de nuestro proletariado industrial. Considera que es inadmisibile, mientras se edifica la economía comunista, suplantarse la fuerza creadora del proletariado por una simple fachada de dictadura del proletariado.

Cuanto más subimos la escalera de los «puestos» del Estado soviético o del Partido comunista, menos partidarios de la Oposición encontramos. Cuanto más se penetra en el seno de las masas mayor eco encuentra el programa de la Oposición Obrera.

Éste es un hecho característico y significativo que deben tener en cuenta los centros dirigentes de nuestro partido. Si las masas se alejan de la cumbre, si se abre una brecha, una fisura entre los centros dirigentes y las capas inferiores, es señal de que no todo marcha bien en la cumbre; sobre todo si las masas no permanecen en silencio, sino que reflexionan, actúan, se defienden, hacen triunfar sus ideas. Los elementos de la cumbre sólo pueden desviar a las masas del camino recto que conduce a la victoria del comunismo si estas masas callan, se someten, siguen a sus jefes de forma pasiva y ciega. Esto es lo que ocurrió en 1914, al principio de la Guerra Mundial, cuando los obreros hicieron caso de los jefes y pensaron: «Conocen mejor que nosotros los caminos de la historia. Nuestra oposición instintiva a la guerra nos hace extraviar, reprimámosla, callémonos y hagamos caso de los veteranos». Pero cuando, por el contrario, la masa se

agita, hace trabajar el cerebro, critica, cuando vota obstinadamente contra los admirados jefes (a pesar de sentir simpatía por ellos) y con ello se ve obligada a combatir, entonces el asunto se presenta grave. Entonces el deber del Partido es no ocultar la disputa, no intentar desprestigiar a la oposición colgándole calificativos injustificados y que no explican nada, sino al contrario preguntarse con toda sinceridad dónde y en qué está la base del desacuerdo y qué es lo que quiere la clase obrera, portavoz del comunismo y su único creador.

De modo que la Oposición Obrera representa al sector avanzado del proletariado que no ha cortado su vinculación orgánica con las masas obreras organizadas en sindicatos, y que no se ha dispersado en la administración del Estado.

El fondo del desacuerdo

Antes de entrar en la cuestión de fondo del desacuerdo entre la Oposición Obrera y el punto de vista oficial representado por nuestros centros dirigentes, debemos recordar dos verdades: ante todo, que la Oposición Obrera ha nacido de las raíces mismas del proletariado industrial de la Rusia soviética, y que ha obtenido su fuerza no sólo de las espantosas condiciones de vida y de trabajo de siete millones de proletarios industriales, sino también de las múltiples desviaciones, oscilaciones y contradicciones de nuestra política gubernamental, e incluso de sus evidentes desviaciones de la línea de clase clara, franca, consecuente del programa comunista. En segundo lugar, hay que recordar que la oposición no está limitada a tal o cual región; no ha sido el fruto de diferencias o discusiones personales; se ha extendido, por el contrario, a toda la República Soviética, cuyas provincias han respondido todas unánimemente a cada una de las tentativas de nuestros camaradas de formular, expresar y determinar las razones profundas de la controversia, y de definir qué pretende la Oposición Obrera.

Hoy predomina la impresión de que el desacuerdo entre la Oposición Obrera y las tendencias de las capas superiores se resume en una manera diferente de concebir el papel y los objetivos de los sindicatos. Es falso. El desacuerdo es más profundo. Los representantes de la Oposición no siempre saben enunciarlo claramente y definirlo con precisión, pero basta con abordar una serie de problemas que conciernen a la estructura misma de nuestra República para que estalle el desacuerdo en torno a postulados fundamentales de carácter económico y político.

Los dos puntos de vista enfrentados, el de los dirigentes de la cumbre de nuestro Partido y el de los representantes del proletariado organizado en sindicatos, se manifestaron por primera vez en el IX Congreso Panruso del Partido comunista, en torno a la cuestión de la dirección única o colegiada. La Oposición aún no existía como grupo constituido, pero estaba claro que los defensores del sistema colegial eran los representantes de los sindicatos, es decir de las organizaciones netamente proletarias, y que tenían contra ellos a los dirigentes del Partido acostumbrados a juzgarlo todo bajo el punto de vista de la política de los distintos departamentos administrativos, política que exige una habilidad consumada para adaptarse a las aspiraciones socialmente heterogéneas, y a veces contradictorias políticamente, de los diversos grupos sociales de la población: proletariado, pequeños propietarios, campesinos, burguesía (personificada por «especialistas» o pseudoespecialistas de toda ralea) y todo tipo de formación).

¿Por qué fueron precisamente los sindicatos los que, inhábiles para sostener sus argumentos a favor de proposiciones científicamente lógicas, se declararon partidarios de sistema colegial, mientras los defensores de los «especialistas» fueron los campeones de la dirección única? Lo que ocurrió fue que, en este desacuerdo (a pesar de que las dos

partes hayan negado toda importancia de principio a la cuestión), estaban en presencia dos puntos de vista basados en razones profundas e inconciliables. La dirección única es la encarnación misma de la concepción individualista que caracteriza a la clase burguesa. La dirección única, es decir, la voluntad de un hombre aislado, «libre», desligado de la colectividad, cualquiera que sea el terreno en que se manifieste, desde la autocracia del jefe de gobierno hasta la autocracia del director de fábrica, es la expresión más perfecta del pensamiento burgués. La burguesía no cree en la fuerza de la colectividad. Lo que pretende es reunir a la multitud en un rebaño obediente que pueda conducir a su gusto allí donde el guía quiera...

La clase obrera y sus intérpretes saben, por el contrario, que los nuevos objetivos de su clase, en una palabra, el comunismo, sólo puede realizarse mediante una creación colectiva mediante el esfuerzo común de los propios obreros. Cuanto más compacta sea la colectividad obrera, tanto más acostumbradas estarán las masas a manifestar su voluntad y sus ideas colectivas y comunes, y tanto más completa y rápidamente la clase proletaria realizará su misión, es decir, edificará un sistema económico nuevo, ya no compuesto de piezas dispersas sino unido, armonioso, coherente, comunista. Sólo aquel que está ligado de una forma práctica a la producción puede aportar a ella novedades vivificadoras. Al renunciar al principio de la dirección colectiva en la industria, el Partido comunista se ha hecho culpable de un desistimiento grave, de un acto de oportunismo, de una desviación de la línea de clase que habíamos afianzado y defendido tan apasionadamente en el primer período de la revolución.

¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Cómo puede nuestro partido, con toda su firmeza y su temple adquiridos en los combates revolucionarios, haberse desviado del recto camino proletario, poniéndose a vagar por los senderos de este oportunismo al que detesta tan profundamente?

Contestaremos a esto más adelante. Por ahora, preguntémosnos cómo se ha constituido y desarrollado la Oposición Obrera.

El IX Congreso se celebró en la primavera. Durante el verano, la Oposición no se manifestó. Tampoco se oyó hablar de ella durante los vivos debates del II Congreso de la Internacional sobre la cuestión de los sindicatos. Pero se realizaba entre las masas un trabajo de acumulación de experiencias y de reflexión crítica. Este trabajo encontró una expresión, todavía muy imperfecta, en la Conferencia comunista de septiembre de 1920. Nuestras ideas aún se diluían en la negación y la crítica. No tenían las propuestas positivas ni fórmulas propias. Pero se daban ya los primeros signos de que el partido comunista entraba en una nueva fase; se producía una fermentación, las capas inferiores reclamaban la libertad de crítica y declaraban abiertamente que la burocracia las asfixiaba, bloqueaba toda acción independiente y toda iniciativa.

Los dirigentes de la cumbre del partido supieron apreciar en su justo valor esta fermentación naciente y, por boca de Zinóviev, ¡multiplicaron las promesas verbales! Libertad de crítica, ampliación de las iniciativas de las masas, necesidad de combatir las deformaciones burocráticas. severa persecución de todos los dirigentes que infringieran los principios democráticos...

Se dijeron, y bien dichas, muchas frases. Pero entre las frases y los actos sigue habiendo una inmensa distancia. La conferencia de setiembre, a pesar de todas las promesas de Zinóviev, no ha aportado ningún cambio ni al partido ni a las condiciones de vida de las masas obreras. La fuente que nutría a la Oposición no se ha agotado. Entre las masas progresaban y crecían sordamente el descontento, la crítica; la reflexión...

Esta sorda fermentación llegó hasta los dirigentes, engendró entre ellos desacuerdos que adquirieron una acuidad inesperada. Hay que señalar que, en los medios

dirigentes de nuestro partido, la cuestión en la que estas discusiones tuvieron mayor acuidad fue precisamente la de los sindicatos. Era lógico.

Hoy, en el debate entre la Oposición y la cumbre del partido, este tema no es el único, pero sí es, dada la situación, el punto central de toda nuestra política interior.

Antes de que la Oposición Obrera reuniera sus tesis y formulara los principios sobre los que debe descansar, según su opinión, la dictadura del proletariado en el terreno de la organización económica, los medios dirigentes se habían dividido claramente en la apreciación del papel a desempeñar por las organizaciones de la clase obrera para restaurar la producción sobre nuevas bases comunistas. El Comité Central de nuestro partido se había dividido: Lenin contra Trotsky, con Bujarin en el centro como elemento estabilizador.

No fue sino hasta el VII Congreso de los Soviets y en el tiempo inmediatamente posterior cuando se vio claramente que dentro del partido existía una oposición compacta, agrupada principalmente en torno a las tesis sobre el papel de los sindicatos, y que esta oposición, sin tener ni un solo gran líder, ni un teórico, y a pesar de verse violentamente atacada por los jefes más populares del partido, crecía y se fortalecía, y ganaba terreno sobre todo en la Rusia trabajadora ... Y aún si sólo hubiera existido en Moscú y Petrogrado; pero no: en Donetz, en el Ural, en Siberia y en varios centros industriales, los informes señalaban al comité central del partido la formación y el funcionamiento de una «Oposición Obrera». En realidad, esta Oposición estaba lejos de coincidir en todas partes sobre unos mismos puntos de opinión en los distintos centros obreros de la Rusia soviética. Había a veces en sus manifestaciones, sus reivindicaciones y sus motivaciones una buena dosis de confusión, de disparate, de mezquindad, mientras que los puntos esenciales quedaban olvidados. Sin embargo, algo quedaba fijado, esta pregunta: ¿quién debe asegurar la actividad creadora de la dictadura del proletariado en el terreno económico? ¿Acaso los sindicatos, estos órganos esencialmente proletarios, ligados directamente, con vínculos orgánicos, a la producción? ¿o las administraciones del Estado, sin una relación directa y viva con la actividad productiva y, además, con una composición social compleja? Ahí está el centro del debate. La Oposición Obrera está a favor de la primera opción. La cumbre de nuestro partido, sean cuales sean las divergencias entre sus tesis sobre tal o cual otro punto esencial está, con una solidaridad conmovedora, a favor de la segunda.

¿Qué se demuestra con esto?

Que nuestro partido atraviesa su primera crisis desde el comienzo de la revolución y que no tiene derecho a desembarazarse de la Oposición calificándola de sindicalista o aplicándole otros epítetos infundados, sino que por el contrario todos los camaradas deben reflexionar y preguntarse de dónde proviene esta crisis. ¿De qué lado está la verdad de clase, del lado de la cumbre o del lado de los obreros y de las masas proletarias, poseedoras de un exacto instinto de clase?

La crisis del partido

Antes de tomar en consideración los puntos principales que son objeto de debate entre los dirigentes de nuestro partido y la Oposición Obrera, debemos buscar una respuesta a la siguiente pregunta; ¿cómo ha podido nuestro partido, combativo, sólido, poderoso e invencible gracias a la firmeza y a la claridad de su línea (línea de clase) desviarse de esa línea?

Cuanto más valioso es para nosotros el Partido comunista por haber dado un paso tan decisivo hacia la emancipación de los trabajadores del yugo capitalista, menos derecho tenemos a cerrar los ojos ante los errores de sus dirigentes.

La fuerza de nuestro partido ha consistido siempre, y debe hoy seguir consistiendo, en el hecho de que sus centros dirigentes prestan oído atento a las inquietudes y a las aspiraciones nuevas que agrupan a los obreros y en que conociendo estas preocupaciones saben orientarlas para que sirvan a las masas de trampolín hacia nuevas conquistas. Esto se lograba antes, pero ya no sucede hoy. Nuestro partido no se limita a frenar su fulgurante carrera hacia el futuro. Cada vez más mira prudentemente hacia atrás, preguntándose si no ha llegado demasiado lejos, si no ha llegado el momento de detenerse, si no sería más sensato ser circunspecto y evitar experiencias audaces sin precedente en la historia.

¿De dónde procede esta prudencia demasiado sensata (se manifiesta muy claramente en la falta de confianza de nuestros medios dirigentes hacia las capacidades económicas de los sindicatos obreros) que, estos últimos tiempos, se ha apoderado de nuestros centros? ¿Cuál es su causa?

Si examinamos atentamente la razón de nuestras disensiones internas, nos convenceremos de que la actual crisis del Partido comunista proviene de tres causas fundamentales.

La primera, la principal, es la difícil situación en que el Partido comunista se ve obligado a trabajar y a actuar. El Partido comunista tiene que edificar el comunismo y poner en práctica su programa en la siguiente situación: 1) completa desorganización y ruina de la economía nacional; 2) ataques incesantes de las potencias imperialistas y de la contrarrevolución rusa durante, los tres años de la revolución; 3) país económicamente atrasado, en el que la clase obrera debe por sí sola encarnar el comunismo y construir las formas nuevas de la economía comunista, aun con un predominio de población campesina; país donde todavía no se dan las condiciones económicas necesarias para la colectivización y la centralización de la producción, y donde el capitalismo no ha tenido tiempo de completar su desarrollo (entre la competencia ilimitada, que constituye el estadio primitivo del capitalismo, y la regularización de la producción, que es su forma última, están los sindicatos y los trusts de empresarios).

Está claro que estas circunstancias obstaculizan la realización práctica de nuestro programa, sobre todo en lo que se refiere a su principio fundamental, la organización de la economía nacional sobre bases nuevas; que determinan un abigarramiento y desvían inevitablemente la política del partido de la aplicación, firme y constante de su línea teórica o de principio en la práctica cotidiana. Un partido situado a la cabeza del Estado soviético con una composición social heterogénea, se ve obligado, de buen o mal grado, a tomar también en cuenta las aspiraciones del pequeño propietario campesino, de sus intereses egoístas y de su distanciamiento del comunismo, y también del inmenso estrato de los elementos pequeñoburgueses de la antigua Rusia capitalista: intermediarios de toda especie, pequeños comerciantes, dependientes, artesanos, pequeños funcionarios, que se han adaptado rápidamente a la organización soviética. Ellos son, ante todo, quienes ocupan las oficinas de los soviets, quienes actúan de agentes del Comisariado de Abastecimientos, de jefes de los servicios del ejército; ellos son los audaces hombres de negocios de las oficinas centrales de nuestras industrias. El Comisario del Pueblo para el Abastecimiento ha citado, en la fracción comunista del VIII Congreso de los Soviets, cifras muy significativas: su comisariado cuenta con un 17% de obreros, un 13% de campesinos, menos de un 1% de especialistas, y todos los demás, más del 50 %, son antiguos artesanos o dependientes, o gente de «pequeños oficios», en su mayoría incluso analfabeta (Tsiurupa es quien lo dice); lo cual, según él, demuestra la calidad democrática

de su personal que, en realidad, no tiene nada en común con la clase proletaria, con los productores de riqueza, con los obreros industriales.

Es precisamente esta categoría, ampliamente difundida en la administración soviética, esta categoría de pequeña burguesía hostil al comunismo, apegada a la rutina del pasado, llena de repulsión y de miedo ante la acción revolucionaria, la que corrompe nuestro aparato gubernamental, aportándole un espíritu completamente extraño a la clase obrera. Hay ahí dos mundos, dos mundos enemigos. Ahora bien, en Rusia nos vemos obligados a persuadirnos y a persuadir a toda la clase obrera de que ella misma y la pequeña burguesía (sin mencionar a los campesinos, al campesino medio ahorrador y laborioso) pueden coexistir admirablemente bien bajo la consigna común de «todo el poder a los soviets» olvidando al hacerlo que, en la práctica de la vida cotidiana, los intereses de los obreros chocan inevitablemente con los de la pequeña burguesía o de los campesinos saturados también de espíritu pequeño burgués, y que, mellando el filo de clase del estado soviético, desconciertan su política.

Contando con el pequeño propietario campesino y con el elemento pequeño burgués (no obrero, sino pequeño burgués) de la ciudad, nuestro partido debe contar también, en su política de gobierno, con la influencia de elementos de la alta burguesía, técnicos especializados, ingenieros, antiguos tiburones de las finanzas y la industria, vinculados por su pasado con el sistema capitalista, incapaces de imaginar una forma de producción distinta a la del régimen al que están acostumbrados, el de la economía capitalista. Cuanto mayor es la necesidad para la Rusia soviética de disponer de especialistas para las cuestiones técnicas y la dirección de su industria, tanto más estos elementos, extraños a la clase obrera, influyen sobre la marcha y el desarrollo de las formas y el carácter de nuestra economía nacional. Esta categoría social de hombres de negocio del sistema capitalista, de servidores sumisos y bien pagados del capital, arrinconada completamente al comienzo de la revolución, luego, durante los meses más difíciles de nuestra lucha, situada en una posición de espera o incluso de franca hostilidad frente al poder de los soviets (sabotaje de los intelectuales), adquiere cada día más influencia e importancia en la política. ¿Hace falta dar nombres? Cualquiera obrero que esté al corriente de nuestra política interior y exterior pensará inmediatamente en tal o cual de estos individuos...

Mientras el centro de gravedad de nuestra actividad se encontró en el frente, la influencia de estos caballeros, de este elemento extraño a la clase obrera, sobre la política de nuestro Estado soviético, en particular en lo que se refiere al aparato económico, fue relativamente mínima.

Los especialistas, hijos del pasado, vinculados de una forma íntima e indisoluble con el régimen burgués que nosotros hemos eliminado, se deslizaron en nuestro Ejército Rojo, introduciendo en él el espíritu de antes (subordinación, galones, distinciones, obediencia pasiva en lugar de disciplina de clase, arbitrariedad de los jefes, etc.). Pero su influencia no afectaba la línea política general de la República soviética. El proletariado no les disputaba la dirección de los asuntos militares porque, con la seguridad de su instinto de clase, se daba cuenta de que en este terreno la clase obrera, como clase, no puede aportar nada nuevo, debido a su impotencia para transformar fundamentalmente el sistema militarista, cambiar su naturaleza, reconstruirlo sobre una nueva base social. El militarismo es producto de una civilización ya superada por la humanidad. El militarismo, el servicio militar, la guerra, no tendrán sitio en la sociedad comunista. La lucha por la vida seguirá una línea distinta, adoptará formas completamente diferentes, inaccesibles a nuestra imaginación. El militarismo vive sus últimos días en la época de la dictadura del proletariado, y por esto es lógico que los obreros, como clase, no puedan aportar al militarismo nada auténticamente creativo, nuevo, útil para el desarrollo futuro de la

sociedad, ni en cuanto a la forma ni en cuanto al sistema. Sin duda, hay en el Ejército Rojo intentos de renovación, pero el oficio militar ha seguido siendo el mismo en el fondo. A pesar de todo, la orientación dada por los oficiales y los generales del antiguo ejército no ha desviado la política soviética en el terreno militar en un sentido que fuera extraño al nuestro hasta el punto de que los obreros pudieran sentir un perjuicio evidente para ellos, es decir, para su clase y su misión fundamental.

En el terreno económico la cosa es distinta. La producción, la organización de la producción; ahí está la esencia del comunismo. Apartar a los obreros de la organización de la producción, negar a las organizaciones profesionales, verdaderos intérpretes de la clase proletaria, la posibilidad de dotar a la producción y a su organización con formas económicas nuevas, su elemento creador, no confiar más que en la ciencia de especialistas adiestrados y educados para un sistema de producción completamente distinto, significa abandonar de hecho el marxismo científico. Sin embargo, es precisamente esto lo que hoy se lleva en práctica en la cumbre de nuestro partido. Ante el estado catastrófico de nuestra economía en lo referente a la cuestión monetaria, las tarifas, la cualificación del trabajo, etc., los dirigentes de nuestro partido, desconfiando de las fuerzas creadoras de las colectividades obreras, buscan la salvación en el desorden económico... ¿recurriendo a quién?: a los representantes del pasado burgués y capitalista, a los hombres de negocios y a los técnicos cuyas facultades creadoras, precisamente en el terreno económico, están paralizadas por la rutina, los hábitos y los métodos propios del sistema económico capitalista. También son nuestros dirigentes quienes implantan esta confianza, ingenua hasta el ridículo, en la posibilidad de establecer el comunismo por vía burocrática. Ellos prescriben, cuando debería investigarse y crear.

Cuanto más retrocede a un segundo plano el frente militar respecto al frente económico, tanto más aguda y dolorosa se hace nuestra miseria, y tanto más se afianza la influencia de grupos de gente no sólo completamente extraña y hostil al comunismo con toda su alma, sino también absolutamente incapaz de manifestar una verdadera capacidad de iniciativa en la búsqueda de formas nuevas de organización del trabajo, de móviles nuevos para el aumento del rendimiento, de procedimientos originales para coordinar la producción y el consumo. Todos estos técnicos, expertos y hombres de negocios que emergen a la superficie de la vida soviética ejercen, desde el momento en que operan sobre la política económica, una presión sobre la cumbre de nuestro partido a través de las administraciones y en el seno de estas administraciones.

Nuestro partido está en una situación difícil y penosa; para gobernar al Estado soviético, se ve obligado a tomar en cuenta y a adaptarse a tres sectores de la población, distintos en cuanto a su composición social y también, por lo tanto, en cuanto a sus intereses económicos.

Por un lado, el proletariado, que reclama una política clara y sana, un avance a marchas forzadas hacia el comunismo.

Por otro lado, la clase campesina, con sus aspiraciones propias de pequeño propietario, y con su simpatía por las libertades de toda especie, sobre todo por la libertad de comercio, y por la no injerencia del Estado en sus asuntos. A la clase campesina se une la pequeña burguesía, personificada por los agentes y los funcionarios del Estado, los empleados de los servicios del Ejército, etc., acostumbrados al régimen soviético pero que, debido a su mentalidad, deforman nuestra política a imagen de sus tendencias pequeñoburguesas. La influencia de estos elementos

pequeño-burgueses no se nota mucho en Moscú; pero en provincias, en la base misma de la acción soviética, es enorme y pernicioso.

Finalmente, el tercer grupo lo forman los hombres de negocios, los antiguos dirigentes del régimen capitalista. No están en él los magnates del capital, los Riabuchinki

y los Bublikov, eliminados por la República de los trabajadores ya en el primer periodo de la revolución, sino los antiguos servidores con talento del sistema capitalista, los que constituían el cerebro y el genio del capitalismo, los que verdaderamente lo crearon y lo hicieron fructificar. Aparte de defender las muchas ventajas de la regularización de la industria y de su organización en trusts (a eso tiende el capital en los Estados burgueses con un mayor desarrollo industrial), están a favor de las tendencias centralistas de la política económica soviética; sólo que desean que esta regularización no la realicen las organizaciones obreras, sino ellos mismos, al amparo de los departamentos económicos del Estado, de las oficinas centrales y de los Consejos Económicos Nacionales, en los que ya han enraizado profundamente. La influencia de estos caballeros

sobre la «sensata» política gubernamental de nuestros dirigentes es grande infinitamente mayor de lo que debiera ser. Se manifiesta en la tendencia a asentar y a mantener, pese a quien pese, el sistema burocrático (con concesiones en el sentido de una «mejora, pero no de una modificación del sistema mismo»). De una forma todavía más evidente se nota su presencia en las relaciones comerciales establecidas con las potencias capitalistas, relaciones que se desarrollan a espaldas del proletariado organizado, tanto el de los países extranjeros como el de Rusia. Puede verse en una serie de medidas que desembocan en reducir la iniciativa

de las masas y en afianzar en su papel dirigente a los representantes del pasado capitalista.

Nuestro partido se ve obligado a navegar entre estas categorías heterogéneas, y a encontrar un término medio político que no destruya la unidad del Estado. La política real del Partido Comunista, identificándose con el aparato del Estado con el aparato soviético, pierde cada vez más su carácter de clase y se modifica para convertirse en una política neutra, indiferente desde el punto de vista clasista, bajo el efecto de una adaptación por arriba a los intereses diferenciados y contradictorios de una población socialmente heterogénea y mezclada. Esta adaptación causa inevitablemente oscilaciones, incertidumbres, desviaciones y errores. Recordemos, en cuanto a esto, nuestros zigzags en nuestras relaciones con los campesinos, yendo desde la «orientación hacia el campesino pobre» hasta la «orientación hacia el pequeño propietario trabajador y ahorrativo». Esta política, por lo demás, da testimonio de la profundidad y la sensatez en las tareas de gobierno de nuestros «hombres de Estado», pero el historiador que considere sin prejuicios los estadios sucesivos de nuestro poder gubernamental no dejará de ver en ella una peligrosa desviación de la línea de clase y una tendencia que comporta peligrosas consecuencias hacia el oportunismo y el navegar sin rumbo...

Veamos ahora la cuestión del comercio exterior. En este punto hay en nuestra política, sin duda alguna, un desacuerdo íntimo del que dan fe las incesantes tensiones entre nuestros comisariados de Asuntos Exteriores y de Comercio Exterior. Estas tensiones no tienen sólo un carácter estrictamente «departamental»; son más profundas, y si lo que está en juego tras los bastidores de nuestros órganos dirigentes se llevara ante el tribunal de las masas, ¿quién sabe la amplitud que podrían adquirir los desacuerdos entre el Comisariado de Asuntos Exteriores y nuestros representantes comerciales en el extranjero?

Los desacuerdos entre distintos departamentos, que se ocultan a las masas pero que, por su significado social, son profundos; la necesidad de adaptar la política gubernamental a las tres categorías sociales heterogéneas de la población (obreros, campesinos, elementos de la antigua burguesía): he aquí la segunda causa de crisis en nuestro partido. No es admisible ignorarla. Es demasiado significativa, sus consecuencias son demasiado graves. El deber de los dirigentes del partido, si realmente les importan su vitalidad y su unidad, es analizar esta causa y sacar de ella la lección exigida

imperiosamente por el descontento que ella ha creado, descontento ampliamente extendido entre las masas.

Mientras la clase obrera, en la primera época de la revolución, supo que era ella el único intérprete del comunismo, la unidad en el partido fue perfecta. No podía hablarse de «dirigentes» ni de «capas inferiores» en el período inmediatamente posterior a octubre, cuando la vanguardia del proletariado realizaba apresuradamente y sancionaba, uno tras otro, todos los artículos de nuestro programa de clase, de nuestro programa comunista. El campesino al que se había dado la tierra no tenía aún conciencia de ser parte integrante de la República soviética, de ser un ciudadano investido con todos los derechos. Los intelectuales, los «especialistas», los hombres de negocios de la clase burguesa, los pseudoespecialistas que ascienden cada día un poco más alto por la escalera soviética bajo la máscara de especialistas, conservaban calladamente una actitud expectante y de esta manera dejaban campo libre al impulso creador de las masas obreras avanzadas.

Hoy sucede lo contrario. El obrero intuye, ve, se da cuenta a cada paso de que los especialistas y, aún peor, los pseudoespecialistas, ignorantes e inexpertos, los «expertos», desplazan al obrero supuestamente «inculto» bajo el pretexto de incapacidad o de jactancia en la exhibición de sus conocimientos prácticos, y de que se instalan en los principales órganos de dirección de nuestra producción. El Partido, en vez de poner en su sitio a estos elementos extraños a la clase obrera y al comunismo, los apoya y busca en ellos la salvación y el remedio contra el desorden económico en vez de buscarlos en las organizaciones obreras. El Partido concede su confianza no a los obreros, ni a los sindicatos; ni a las organizaciones de clase, sino a esta gente. Las masas obreras se dan cuenta de esto y, en vez de haber un partido y una clase proletaria compactos y unidos, hay una brecha; en lugar de un intento de identificación, hay una marcha hacia la desunión... Las masas no son ciegas. Por mucho que los líderes más populares oculten detrás de bonitas frases su deserción de la verdadera política de clase y sus concesiones (a los pequeños propietarios campesinos unas veces, otras veces al capitalismo

Internacional), las masas ven muy bien, en esta confianza demostrada por los dirigentes a los mejores discípulos del sistema de producción capitalista, dónde empieza el retroceso. Los obreros pueden sentir por la persona de Lenin la mayor admiración y el más caluroso afecto; pueden estar seducidos por el admirable, el incomparable talento de orador de Trotsky, o por su capacidad de organización; pueden sentir respeto por muchos otros jefes individualmente; pero cuando la masa se da cuenta de que no se confía en ella, en sus facultades creadoras, grita: «Alto ahí, no os seguiremos más lejos con los ojos cerrados. Dejados ver claramente la situación. Quizá vuestra política del justo medio entre tres categorías sociales esté inspirada en una profunda sabiduría; pero huele de una forma sospechosamente parecida a ese personaje ya muy visto, el oportunismo. Puede que hoy esta política tan sensata nos aporte algo, pero cuidado con no extraviarnos en ese camino equivocado que, a través de sus curvas y sus zigzags, nos alejaría poco a poco del futuro, frustrándonos hacia la selva del pasado...»

La desconfianza de la clase proletaria hacia los dirigentes del partido está creciendo, y cuanto más «sensatos» son estos dirigentes, tanto más ofrecen el aspecto de hábiles «hombres de Estado», de equilibristas entre el comunismo y el pasado burgués; cuanto más se ahonda el abismo entre la «cumbre», y la «masa», tanto más se deteriora su mutua comprensión y tanto más dolorosa y fatal se hace la crisis interior de nuestro partido.

La tercera causa determinante de esta crisis es el hecho de que realmente, prácticamente, durante estos tres años de revolución, las condiciones materiales de vida de las masas obreras, de los productores, de la gente que está en las fábricas, en vez de mejorar ha empeorado. Esto es algo que nadie, en, los medios dirigentes de nuestro

partido, podrá negar. El descontento sordo, pero extendido, de los obreros (atención: de los obreros) tiene causas materiales.

Los que han salido directamente beneficiados de la revolución son ¡los campesinos!; además, no sólo los pequeños burgueses, sino también los miembros de la alta burguesía que han ocupado puestos influyentes y de mando en los departamentos del Estado (en particular en los departamentos económicos), en la industria o en el comercio exterior, también se han adaptado admirablemente a las nuevas formas socialistas de organización y de vida únicamente la clase esencial de la República soviética, la clase que ha soportado toda la responsabilidad de la dictadura, lleva una vida escandalosamente desgraciada.

La República de los trabajadores, dirigida por los comunistas, vanguardia de la clase obrera que, según Lenin, «ha encamado la energía revolucionaria de toda la clase», ha otorgado condiciones privilegiadas a ciertas empresas o ramas industriales «de choque» aisladas, presentadas de improviso ante el Consejo de los Comisarios del Pueblo. ¡Pero todavía no ha encontrado el momento de proporcionar condiciones de vida mínimamente humanas a la masa, a la gran masa de los obreros y las obreras!

El Comisariado del Trabajo es el más inerte de nuestros comisariados. ¿Acaso la política soviética no se ha atrevido a estudiar con seriedad, a escala nacional, lo que debe hacerse y lo que puede hacerse, dado el actual estado de cosas, tomando en cuenta unas circunstancias exteriores desfavorables, para mejorar la vida del obrero, para conservar su capacidad de trabajo para la producción, para situar el trabajo del obrero en condiciones relativamente soportables? La política soviética se ha caracterizado hasta estos últimos tiempos por la ausencia de una línea, de un plan meditado y regular para organizar la vida de los obreros y mejorar las condiciones de trabajo. Todo lo que se ha hecho en este terreno ha sido hecho por casualidad a sacudidas, por parte de las autoridades locales, bajo la presión de las masas.

Durante estos tres años de guerra civil, el proletariado ha realizado heroicamente, en el altar de la revolución, innumerables sacrificios. Ha esperado pacientemente. Pero hoy, en el momento del cambio de dirección, cuando el nervio vital de nuestra República es el frente económico, la masa obrera juzga superfluo seguir sufriendo y esperando. ¿No es ella acaso la que construye el edificio sobre la base comunista? «Construyámoslo nosotros mismos, dice; indudablemente sabemos mejor lo que nos importa que esos señores de las oficinas centrales ...»

El obrero de la masa abre los ojos. Ve que hasta ahora, la higiene, la mejora de las condiciones sanitarias en los talleres, la protección de la salud del trabajador, en resumen todo lo que afecta a la organización de la vida cotidiana y a la mejora de, las condiciones de trabajo, se relega al último plano de nuestra política. No se ha descubierto nada mejor para resolver el problema del alojamiento que instalar a las familias obreras en casas burguesas incómodas e inadecuadas. Para nuestra vergüenza, vemos emerger de la tierra cuarteles obreros hediondos, superpoblados, antihigiénicos, no sólo en las provincias más lejanas, sino también en el corazón de la República, en Moscú; al entrar en ellos, podría creerse que no ha habido ninguna revolución ... El problema del alojamiento no puede resolverse en unos meses, ni siquiera en unos años, eso lo sabemos todos. En el estado de indigencia en que nos encontramos, este problema presenta una dificultad particular; pero la desigualdad creciente, cada vez más acusada, entre las categorías privilegiadas de la población y los simples obreros, que son la espina dorsal de la dictadura del proletariado, engendra y alimenta un descontento creciente.

El obrero de la masa ve cómo vive el funcionario soviético y cómo vive él mismo; él, sobre quien descansa la dictadura del proletariado... No puede dejar de ver que durante toda la revolución a nada se ha concedido menos atención que a la vida y a la salud del

obrero del taller. Allí donde, antes de la revolución, el régimen era en cierta medida tolerable, sigue siéndolo gracias a los comités de fábrica; pero en todos los sitios donde la humedad, la falta de aire, las emanaciones deletéreas envenenaban, contaminaban y agotaban el cuerpo del obrero, nada ha cambiado... Había otras cosas por hacer ... No había que pensar sino en el frente de la guerra civil... Sin embargo, cuando se trata de acondicionar un local para algún órgano administrativo, siempre se encuentran materiales y mano de obra... Si intentáramos alojar a los especialistas o a los expertos en transacciones comerciales como el capital extranjero en los cubiles donde viven y trabajan las masas proletarias, proferirían tales chillidos que nos veríamos obligados a movilizar a toda la sección de alojamientos para poner fin a una «desidia intolerable» que obstaculiza la productividad del trabajo de los especialistas.

El mérito de la Oposición Obrera está en haber hecho insertar el problema de la organización de las condiciones de vida de los obreros, junto con todas las reivindicaciones obreras pretendidamente mezquinas y sin importancia, en el plano económico nacional. El aumento de la producción es imposible si al mismo tiempo no se organiza la existencia de los obreros sobre bases nuevas, adecuadas y comunistas.

Hasta ahora, en la misma medida en que se han dejado de emprender iniciativas, o incluso proyectos, en este terreno, se ha profundizado la incompreensión mutua el distanciamiento y la falta de confianza entre los medios dirigentes del partido y las masas obreras. No hay unión, ni ningún sentimiento de comunidad de necesidades, aspiraciones y reivindicaciones. «Los dirigentes están en un lado y nosotros en otro. Puede que ellos sepan administrar mejor el país, pero en cuanto a nuestro trabajo cotidiano, a la vida del taller, con sus necesidades y sus exigencias inmediatas, ni los comprenden ni quieren conocerlos.» Eso explica la confianza instintiva de las masas obreras en los sindicatos y, por el contrario, su alejamiento instintivo del partido. «¿Es uno de los nuestros? Lo ha sido quizá, pero desde que está en el Comité Central ya no quiere saber nada de nosotros... ya no vive como nosotros. ¿Qué le importan nuestros problemas? Ya no son los suyos, está claro...»

A medida que el partido iba sacando de las fábricas y de los sindicatos a los elementos más conscientes y abnegados para enviarlos al frente o a la administración, iba rompiéndose el ligamen entre las masas obreras y los centros políticos dirigentes. La brecha se ensanchaba, la fisura se ahondaba... Hoy, esta fisura puede verse ya dentro del mismo partido. En él los obreros, por boca de la Oposición Obrera, preguntan: «¿Qué somos nosotros? ¿Es cierto que somos la piedra angular de la dictadura del proletariado, o acaso somos tan sólo un rebaño sin voluntad propia, un peldaño para aquellos que, desligándose de las masas, se han hecho un confortable nido amparados por la bandera comunista, o para aquellos que dirigen la política y guían la vida económica sin contar con nosotros, al margen del impulso creador de nuestra clase?»

Aunque los dirigentes del partido desprecien a la Oposición Obrera, ella es la fuerza saludable y creciente de una clase que aporta su energía vivificadora a la restauración de nuestra vida económica y al mismo Partido Comunista, que empieza a decaer.

* * *

Son, pues, tres las causas que engendran la crisis de nuestro partido: en primer lugar, las condiciones objetivas dentro de las cuales nos vemos obligados a aplicar los principios del comunismo en Rusia (guerra civil, débil desarrollo económico del país, desorganización profunda como resultado de largos años de guerra). En segundo lugar, la heterogénea composición social de la población: tan sólo siete millones de proletarios frente a una enorme masa de campesinos, pequeños burgueses, restos de la antigua

burguesía alta, hombres de negocios de toda especie y de distinta formación que influyen sobre la política de los departamentos estatales e incluso sobre el partido. Finalmente, la pasividad del partido en todo lo que se refiere a mejoras directas de las condiciones de existencia del proletariado, y frente a la incapacidad y a la impotencia de los órganos administrativos a los que correspondería plantear y resolver estos problemas.

¿Qué quiere la Oposición? ¿Cuáles son sus méritos? Sus méritos son que ha indicado al partido todos estos problemas candentes, que ha dicho claramente qué era aquello que fermentaba silenciosamente en el seno de las masas y alejaba cada vez más a los obreros sin partido del Partido Comunista, que ha gritado sin ambages y sin miedo al rostro de los dirigentes del partido: «¡Alto ahí! Mirad en torno vuestro, reflexionad. ¿Adónde nos conducís? ¿No estaremos en un camino equivocado? ¿No estaremos apartándonos del principio de clase? El partido se encontrará en una mala situación si se llega a ver subsistir por separado la espina dorsal de la dictadura, la clase obrera, y el Partido Comunista ... Esto sería la ruina de la Revolución.» En la actual crisis, el partido debe abjurar valientemente de sus errores, prestar atención al preciso instinto de las masas obreras que le hacen a través de la iniciativa creadora de los sindicatos, un llamamiento para restaurar y desarrollar las fuerzas productivas del país, purgar al partido de todos los elementos extraños que se le han incrustado, corregir su actividad, volver al espíritu democrático, a la libertad de opinión y de crítica dentro del partido.

El papel y la función de los sindicatos

Hemos expuesto, en sus trazos fundamentales, aunque por encima, las causas de la crisis interior de nuestro partido. Examinemos ahora los principales puntos de desacuerdo entre los medios dirigentes del Partido comunista y la Oposición Obrera. Estos puntos son dos: el papel y la función de los sindicatos en el período de la restauración económica y de la organización de la industria sobre una base comunista, y la presión de las masas y de la burocracia sobre el partido y los soviets. Detengámonos en el primer punto; el segundo se desprende directamente de él.

El largo período de la elaboración de las «tesis» sobre la cuestión de los sindicatos ha terminado. Tenemos delante seis plataformas, seis agrupamientos dentro del partido. No se había visto nunca en el Partido Comunista tanta diversidad, tal gama de matices; nunca el pensamiento comunista se había enriquecido con un bagaje tan importante de fórmulas referidas a una sola y única cuestión. La cuestión, según toda apariencia, es grave y esencial.

Nada tan cierto. Ya que, en efecto de lo que se trata es de saber quién edificará la economía comunista y cómo será edificada. Ahí está el fondo, el centro de nuestro

programa. Esta cuestión no tiene una importancia menor que la de la toma del poder político por el proletariado, sino quizá mayor. Tan sólo el grupo del «centralismo democrático», de Bubnov, puede ser tan ciego como para considerar que «la cuestión de los sindicatos, actualmente, no tiene la menor importancia objetiva, y no presenta ninguna particular complejidad teórica».

Es natural que esta cuestión inquiete al partido. En esencia, podría formularse así: ¿Hacia dónde gira la rueda de la historia, hacia adelante o hacia atrás? Ningún comunista puede considerarse ajeno: la discusión sobre el papel de los sindicatos. Por esta razón se han formado seis agrupamientos

distintos.

Pero si examinamos atentamente las tesis de estos seis grupos, separadas sólo por matices infinitamente tenues, nos daremos cuenta de que sobre la cuestión fundamental:

«¿Quién debe construir la economía comunista y organizar la producción sobre bases nuevas?» hay sólo dos puntos de vista enfrentados: uno de ellos está expuesto y fijado en las tesis de la Oposición Obrera; el otro agrupa todos los demás matices, multiformes pero idénticos en el fondo.

¿A qué tienden las tesis de la Oposición Obrera, y cómo concibe, en estos momentos, las funciones y el papel de los sindicatos profesionales, o mejor dicho, de las «uniones de producción»?

«Consideramos que el problema de la restauración y el desarrollo de las fuerzas productivas de nuestro país no puede resolverse más que a condición de cambiar todo nuestro sistema de organización en la dirección de la economía nacional» (Discurso de Schliapnikov, 30 de noviembre). Fijaos bien, camaradas, en este pasaje: «a condición de cambiar todo nuestro sistema», ¿No está bien? «El fondo del desacuerdo, prosigue

Schliapnikov, está referido a la forma en que nuestro partido, en la actual época de transición, realizará su política económica: por medio de las masas obreras organizadas en sindicatos, o pasando por encima de ellas, por medio de la actuación burocrática de funcionarios especialmente investidos» Ahí está el fondo de la discusión; ¿realizaremos el comunismo por medio de los obreros, o con la mediación de los funcionarios del Estado? Los camaradas deben pensarlo bien: ¿es posible realizar, construir la economía y la industria comunistas a través de personas que pertenecen a una clase extraña, impregnados por la rutina del pasado? Si razonamos como marxistas y como científicos, contestaremos categóricamente que no, que no es posible. Imaginarse que unos «especialistas», unos técnicos, unos expertos de organización de la industria capitalista, serán capaces de liberarse de golpe de sus métodos y sus puntos de vista, estando aún imbuidos por las ideas recibidas en su educación, adaptadas al sistema capitalista cuando ellos lo servían, y de contribuir a levantar el nuevo aparato económico comunista (porque realmente de lo que se trata es de descubrir esas nuevas formas de producción y de organización del trabajo, esos nuevos estímulos al trabajo) pensar así significa olvidarse de la verdad, confirmada por la experiencia mundial, de que un sistema económico no puede ser cambiado por unos individuos determinados, sino por las necesidades profundas de toda una clase.

Hagámonos esta pregunta: ¿Qué hubiera ocurrido si en la época de transición entre el sistema feudal, basado en la servidumbre y el látigo, y el sistema capitalista, con su pretendida libertad de trabajo y su sistema de salarios la clase burguesa, todavía inexperta para construir su economía capitalista, hubiera recurrido, para organizar y dirigir sus fábricas más avanzadas, a los más inteligentes de los intendentes y empleados de las grandes propiedades territoriales, acostumbrados a dirigir el trabajo de los siervos? Estos hombres de experiencia, estos «especialistas» en su terreno, educados en el respeto al látigo, ¿hubieran sido capaces de conseguir un buen rendimiento del trabajo «libre» de unos proletarios que, aun a costa de pasar hambre, seguían disponiendo de ciertos medios para escapar a la brutalidad de un director de fábrica convirtiéndose en soldado, jornalero, vagabundo o mendigo, con tal de eludir un trabajo odioso? ¿Acaso, por el contrario, estos «especialistas» no hubieran arruinado desde un comienzo la nueva organización del trabajo y, con ella, todo el sistema capitalista? Algunos amos de siervos, algunos antiguos grandes propietarios, algunos intendentes supieron adaptarse a las nuevas condiciones de producción, pero no fue entre ellos donde la burguesía reclutó a los verdaderos creadores de su sistema económico. El instinto de clase indicaba a los patronos de las primeras fábricas que era mejor avanzar lentamente y a tientas, recurrir sólo a sus propios medios y a su propio olfato para encontrar el buen camino y definir las nuevas relaciones entre el trabajo y el capital, antes que tomar prestados, de un sistema de explotación del trabajo ya caducado, unos procedimientos inaplicables y funestos, que no podían más que hacer

bajar la producción en vez de aumentarla. El instinto creador de su clase enseñaba a los capitalistas, en la época de la primera acumulación de la energía capitalista, que en vez del látigo del amo debía emplearse otro estímulo: el de la emulación y la concurrencia, con la amenaza del desempleo y la miseria. Los capitalistas, recurriendo a este estímulo al trabajo supieron servirse de él para desarrollar las nuevas formas de la producción capitalista burguesa, aumentando de golpe, con este procedimiento, el rendimiento del trabajo asalariado, supuestamente libre.

Hace cinco siglos, la burguesía procedió de este modo a tientas, a ciegas y obedeciendo tan sólo a su instinto de clase. Confió más en su intuición que en la experiencia de los sabios expertos, de los «especialistas» en organización de la economía feudal. Y la historia le ha dado la razón.

Hoy poseemos un arma preciosa que nos ayuda a encontrar el camino más corto hacia la victoria y que, en este camino disminuye los sufrimientos de la clase obrera y proporciona al nuevo sistema económico comunista un fundamento sólido. Esta arma, es la interpretación materialista de la historia. Sin embargo, en vez de utilizarla, de profundizar en nuestra experiencia y de verificar nuestra búsqueda con la ayuda de la historia comprendida de este modo, ¡estamos dispuestos a dejar de lado las verdades históricas y a extraviarnos en la estepa de un empirismo ciego confiando en la buena suerte!... Por mala que sea nuestra situación económica, no hay ninguna justificación para que nos abandonemos a semejante estallido de desesperación. Los que deben desesperarse son los gobiernos capitalistas que debido al agotamiento de la energía creadora del capitalismo están realmente acorralados en un callejón sin salida; pero no nosotros, no la Rusia trabajadora a quien la Revolución de Octubre abre horizontes ilimitados de creación económica, de formas de producción inauditas con un rendimiento de una riqueza aún desconocida. Debemos aprender a no beber en la fuente del pasado, sino a dar libre curso a la iniciativa creadora del futuro.

Esto es lo que hace la Oposición Obrera. ¿Quién será el creador, el fundador de la economía comunista? No unos representantes del pasado, por mucho talento que tengan, sino sólo esa clase vinculada con todo su ser a este nuevo sistema de producción, más productivo y más perfecto, nacido con dolor. ¿Cuál es el órgano capaz de proporcionar y hacer funcionar un elemento creador, en esta nueva organización de la economía y de la producción? ¿Los sindicatos obreros, o la administración estatal, con un personal socialmente mezclado y funcionarizado? La Oposición Obrera considera que deben ser los sindicatos obreros y no el grupo heterogéneo y burocrático de los funcionarios, con su elevada proporción de negociantes a la antigua usanza capitalista, con las ideas enfangadas en la rutina capitalista.

«En vez de limitarse, como ahora, a solicitar a los departamentos económicos del Estado una contribución pasiva, los sindicatos obreros deben ser llamados a participar de una forma activa y directa en la dirección de la economía nacional» (tesis de la Oposición Obrera). Buscar, encontrar y poner en práctica nuevas formas económicas más perfectas, poner a prueba nuevos estímulos para aumentar el rendimiento del trabajo, es algo que sólo pueden hacer unas asociaciones vinculadas indisolublemente, por su experiencia cotidiana, con la naciente forma de producción, y capaces de deducir de esta experiencia conclusiones prácticas, mínimas en apariencia, pero infinitamente valiosas porque podrán aproximar al obrero a un nuevo estado de cosas en el que la miseria, el desempleo y la concurrencia en el mercado de trabajo hayan desaparecido como estímulos.

Encontrar un estímulo, un motivo para el trabajo, es el mayor problema que se plantea a la clase obrera en el umbral del comunismo. Nadie aparte de la misma clase obrera, a través de sus asociaciones, está en condiciones de resolver este problema.

La actividad sindical abre un amplio campo a la experiencia práctica y al instinto de clase para organizar y descubrir nuevas formas de producción, recurriendo a las facultades de organización del proletariado, que es el único capaz de instaurar el comunismo.

De esta forma es como la Oposición Obrera enfoca la cuestión, y como entiende el papel de los sindicatos. De ahí se deriva uno de los puntos más importantes de sus tesis: «La organización de la dirección de la economía nacional compete al Congreso Panruso de los trabajadores agrupados en uniones profesionales y de producción, el cual elige un órgano central para dirigir toda la economía nacional de la República.»

Este artículo abre un amplio campo a la iniciativa del proletariado, que deja de verse oprimido y mutilado por un aparato burocrático impregnado por el espíritu rutinario característico de la economía capitalista y burguesa. La Oposición Obrera confía en la fuerza creadora de la clase obrera. De esta afirmación se deriva todo el resto de su programa.

Pero es ahí precisamente donde nace el desacuerdo entre la Oposición Obrera y los centros dirigentes de nuestro partido: en la falta de confianza en la clase obrera (claro está que no en el sentido político, sino en lo que se refiere a la capacidad económica del proletariado); ése es el fondo de las tesis de nuestros centros dirigentes. La cumbre de nuestro partido no cree que las manos rudas de unos obreros poco formados técnicamente puedan crear las formas económicas de las que, con el tiempo, saldrá el sistema armonioso de la producción comunista. A todos les parece, a Lenin tanto como a Trotsky, a Bujarin tanto como a Zinóviev, que la producción es una cosa tan delicada que no es posible prescindir de «guías». Ante todo, hay que educar a los obreros, enviarlos a la escuela, y luego, cuando sean mayorcitos, sacaremos del Consejo Superior de Economía Nacional a los profesores y autorizaremos a los sindicatos a tomar en sus manos la dirección de la economía nacional.

Es significativo que todas las tesis de nuestros dirigentes concuerden en un punto fundamental: es demasiado pronto para poner la producción y la dirección económica en manos de los sindicatos, hay que tener paciencia. Los puntos de vista de Lenin, Trotsky, Zinóviev, Bujarin y otros difieren en cuanto a la razón de no entregar todavía la administración económica a los sindicatos, pero todos están de acuerdo en afirmar que esta dirección debe llevarse hoy prescindiendo de los obreros, mediante un sistema burocrático heredado del antiguo régimen. En este punto todos nuestros camaradas de la cumbre del partido manifiestan una solidaridad conmovedora. «El centro de gravedad de la actividad sindical, se dice en las «Tesis de los Diez», debe desplazarse, con el momento actual, hacia la organización económica. Los sindicatos, como organización de clase del proletariado edificada según el principio de las ramas de producción, deben encargarse de la parte principal de la organización de la producción». La «parte principal», es una expresión extensible e inexacta; permite un amplio margen de interpretación, pero también permite pensar que la plataforma de los «Diez» concede a los sindicatos, en las tareas de dirección económica, un margen mayor que el sistema de Trotsky. La tesis de los «Diez» explica luego qué debe entenderse por «parte principal»; se trata de «la más enérgica participación en todos los centros reguladores de la producción, la organización del control obrero, el registro y la distribución de la mano de obra, los intercambios entre la ciudad y el campo, la desmovilización de la industria, la lucha contra el sabotaje, a puesta en práctica de la movilización general del trabajo, etc.»

Y eso es todo. No hay ahí nada, de nuevo ni que sobrepase lo que han hecho hasta ahora los sindicatos, pero tampoco salva a nuestra industria ni permite avanzar un solo paso en la cuestión esencial del desarrollo y la restauración de las fuerzas productivas del país. Para que no quede ninguna duda en cuanto al papel auxiliar, y no dirigente que se

concede a los sindicatos en la economía nacional, la plataforma de los «Diez» declara: «Los sindicatos, bajo una forma evolucionada (atención: no inmediatamente, sino bajo, una forma evolucionada), deben convertirse, en el curso de la revolución social empezada, en los instrumentos del poder para poner en práctica los nuevos principios de organización de la vida económica». Se habla luego de las relaciones entre los sindicatos y el Consejo Superior de Economía Nacional o sus servicios. ¿Cuál es la diferencia entre esto y la «fusión» de Trotsky? Sólo hay una diferencia de métodos. Las tesis de los «Diez» subrayan mucho el carácter educativo de los sindicatos. Cuando hablan del papel de los sindicatos, en particular ¡nuestros dirigentes, de hombres de Estado, se transforman de repente en pedagogos!

Vemos aquí iniciarse una curiosísima discusión, no ya sobre el sistema de dirección económica, sino sobre la manera de educar a las masas. Realmente, ojeando las tesis, los estenogramas o los discursos de nuestros camaradas dirigentes, sorprende el talento pedagógico que súbitamente han descubierto tener. Cada fabricante de tesis tiene su sistema propio, que es el mejor de todos, para la educación de las masas obreras. Pero todos estos sistemas parten del único postulado según el cual no debe dejarse al alumno ningún margen de libertad para perfeccionarse y manifestar sus facultades creadoras. En este punto, los pedagogos de nuestros centros dirigentes han quedado anticuados.

Porque en efecto, para Lenin, Trotsky, Bujarin y otros, el papel de los sindicatos no consiste en dirigir la vida económica, ni en tomar en sus manos la producción, sino en ser un instrumento para la educación de las masas. En el curso de la discusión, muchos camaradas han pensado que Trotsky estaba a favor de la estatización progresiva y no inmediata de los sindicatos y que les reconocía, de cualquier modo, la misión de dirigir la economía nacional, como se dice en nuestro programa. Este punto parecía acercar a Trotsky a la Oposición; mientras que el grupo Lenin-Zinóviev, que negaba la estatización, vela la principal razón de ser de los sindicatos en que funcionaran como «escuela de comunismo». «Los sindicatos, replica Trotsky a Zinóviev, serían, según vosotros, necesarios para dar los primeros pasos» (discurso del 30 de diciembre). En lo que a él se refiere, a primera vista entiende de otra forma el papel de los sindicatos. Considera que su función principal es la de organizar la producción. En este punto, tiene mucha razón. Trotsky tiene también razón cuando dice: «en la medida en que los sindicatos son la escuela del comunismo, hay que entender esto no como una propaganda general del comunismo entre los obreros organizados (porque entonces los sindicatos desempeñarían simplemente el papel de clubs), ni como una movilización de sus miembros para el aprovisionamiento o para los frentes, sino como una amplia educación de sus miembros mediante su participación en la producción» (discurso del 30 de diciembre). Todo esto son verdades innegables, pero hay un pequeño olvido: los sindicatos no son tan sólo las escuelas del comunismo, son los creadores del comunismo.

Lo que se olvida es la actividad creadora del proletariado. Trotsky la escamotea diciendo que «los verdaderos organizadores de la producción (dentro del sindicato) son los comunistas que dirigen este sindicato». ¿Qué comunistas? ¿Esos que, como quiere Trotsky (ver sus tesis del primer proyecto), están designados por el partido por razones que a menudo no tienen nada que ver con las funciones del sindicato en la economía y la producción, esos que el partido envía y sitúa en tal o cual puesto sindical o administrativo? Trotsky habla con franqueza. No cree que la masa obrera esté preparada para crear el comunismo ni, aunque fuera a través de una dolorosa búsqueda y cometiendo errores, para edificar formas nuevas de producción. Lo ha dicho de una forma clara y públicamente. Ha puesto en práctica su sistema de educación de las masas a garrotazos y, en su comité central de transportes, ha preparado a estas masas para desempeñar en el futuro un papel de patrono con los mismos métodos que antes se empleaban con los

aprendices. Indudablemente, cuando el aprendiz, después de haber recibido un número suficiente de coscorriones, se convierta en amo, arruinará la tienda a fuerza de estancarse en la rutina; en cambio, mientras se vea amenazado por el garrote del patrono-pedagogo, ¡estará trabajando, producirá!

¡He ahí a que llama Trotsky desplazar el centro de la cuestión «de la política a la producción»! Aumentar la producción, aunque sólo fuera por un instante y cualquiera fuera el medio, significa todo para él, éste es el único problema. A esto debería reducirse el papel educativo de los sindicatos.

Lenin y Zinóviev no comparten esta opinión. Son pedagogos más modernos. «Se ha dicho muchas veces que los sindicatos son escuelas de comunismo. ¿Qué es una escuela de comunismo? Entendiendo el término en un sentido estricto, en una escuela de comunismo es necesario ante todo enseñar y educar, no mandar» (aplausos). ¡Una piedra sobre el tejado de Trotsky! Y Zinóviev añade: «los sindicatos ... realizan una labor enorme en el espíritu proletario, y también en el espíritu puramente comunista. Ahí está el papel fundamental de los sindicatos». Hoy, esta verdad empieza a olvidarse, pues parece admisible tratar al movimiento profesional, es decir a la organización más amplia de la clase obrera, de forma descarada, grosera, brutal. Hay que recordar que la organización profesional tiene una misión propia que no es la de mandar directamente, dar órdenes ni actuar dictatorialmente, sino ante todo arrastrar a millones de trabajadores hacia el movimiento proletario organizado...»

Con esto, el pedagogo Trotsky ha rebasado los límites, ha demostrado un exceso de celo en su sistema educativo. Ahora bien, ¿qué es lo que propone por su parte Zinóviev? Propone que en los sindicatos se den lecciones elementales de comunismo, que «se enseñen a las masas las bases mismas del movimiento proletario». ¿Pero cómo? ¿A través de la experiencia práctica diaria, de la creación real de nuevas formas económicas, como pretende la Oposición? ¡Nada de eso! El grupo Lenin-Zinóviev preconiza el sistema de educar mediante preceptos y lecciones de moral, ilustrados por ejemplos elegidos cuidadosamente. Contamos con medio millón de comunistas (entre ellos, desgraciadamente, muchos extraños de diversa procedencia), sobre siete millones de obreros. Según Lenin, el Partido abarca la vanguardia del proletariado y la élite de los comunistas, que, en estrecha colaboración con los «especialistas» de los departamentos económicos del Estado, elaboran, con métodos de laboratorio, las normas de la sociedad comunista; esos comunistas que, trabajando bajo la supervisión de los «buenos pedagogos» del Consejo Superior de Economía Nacional y de las oficinas centrales, constituyen los «buenos alumnos», los que siempre tenían diez. Las masas obreras de los sindicatos deben tener consideración para estos alumnos ejemplares e instruirse con su ejemplo. Pero en lo que se refiere a permitir que estas masas cojan el timón, ¡alto ahí! ¡no ha llegado el momento!...

Según la opinión de Lenin, los sindicatos, es decir, la verdadera organización de la clase obrera, no son los auténticos creadores de la economía comunista; sirven de puente entre la vanguardia y las masas; los sindicatos, a través de su acción cotidiana, convencen a las masas, etc.

Aquí no tenemos ya el garrote de Trotsky, sino el sistema al estilo alemán Frobel-Pestalozzi, la enseñanza por el ejemplo. Los sindicatos no llevan a cabo nada esencial en la vida económica, pero convencen a las masas y les sirven de puente con la vanguardia de la clase, con el Partido, el cual a su vez no administra por sí mismo como colectividad ni organiza la producción, sino que pone en pie órganos administrativos económicos de composición heteróclita, en los que se encuentran también comunistas...

¿Cuál es el mejor sistema? Podría discutirse. En todo caso, el de Trotsky es más notable y realista. Nunca se podrá hacer avanzar el arte pedagógico mediante

prescripciones o el ejemplo de los «buenos alumnos». Esta verdad no debería perderse de vista.

El grupo de Bujarin ocupa una posición intermedia, o, mejor dicho, trata de combinar los dos sistemas educativos; hay que subrayar que tampoco este grupo reconoce a los sindicatos el derecho de actuar independientemente en las cuestiones económicas. Según Bujarin y su grupo, los sindicatos «desempeñan un doble papel; por un lado, son una escuela de comunismo un intermediario entre el Partido y la masa sin Partido (idea tomada de Lenin), un aparato que dirige a las masas proletarias en el trabajo cotidiano, pero no en la creación de nuevas formas económicas ni en la búsqueda y el descubrimiento de un nuevo sistema de producción; por otro lado son de un modo cada vez más acusado, una parte integrante del aparato económico y en general del aparato de poder gubernamental (idea tomada de Trotsky y de su “fusión”)».

Tampoco ahí se refiere el debate al papel de los sindicatos, sino al método a seguir para educar a las masas utilizando a los sindicatos. Trotsky recomienda (o, mejor dicho, recomendaba) meter la sensatez comunista en la cabeza de los sindicatos mediante el sistema empleado por él en los transportes y, para educarlos, funcionar a golpe de nombramientos, desplazamientos, militarizaciones y otras medidas mágicas por el estilo, con objeto de que se confundan con los departamentos económicos del Estado y se conviertan en los ejecutores obedientes de los planes elaborados por el Consejo Superior de la Economía Nacional. Zinóviev y Lenin tienen menos prisa por fundir a los sindicatos con los departamentos económicos del Estado. Los sindicatos, dicen, pueden seguir siendo sindicatos. La industria estará administrada por hombres que nosotros habremos elegido. La oficina de organización del Comité Central se ha convertido en maestra en la materia. Cuando en los sindicatos se hayan formado buenos alumnos, obedientes y aplicados, los trasladaremos a las oficinas del Estado. Entonces a los sindicatos no les quedará otra cosa que haber que desaparecer y disolverse.

En cuanto al papel activo en el terreno económico, lo tenemos reservado para el Consejo Superior de Economía Nacional y los demás órganos del Estado burocrático; a los sindicatos les reservamos el papel de escuelas. Educación, educación y educación... Ésta es la divisa de Zinóviev y de Lenin. Bujarin tiene pretensiones de radicalismo en este sistema educativo, razón por la cual ha recibido una reprimenda de Lenin y ha logrado incluso hacerse colgar un epíteto malsonante. Bujarin y su grupo, que subrayan el papel educador de los sindicatos en las actuales circunstancias políticas, son partidarios de la más amplia democracia obrera dentro de los sindicatos. El principio electoral en todas partes, tan sólo el principio electoral; candidaturas presentadas por los sindicatos, obligatorias, no ya condicionales. ¡Cuánto democratismo! Casi parece la Oposición Obrera. Sólo que hay una pequeña reserva: la Oposición Obrera reconoce en los sindicatos a los creadores y dirigentes de la economía comunista; Bujarin, igual que Trotsky y que Lenin, los relega al papel de escuela del comunismo, ni más ni menos. ¿Para qué entonces hacerse el radical en la cuestión del principio electoral, sabiendo de antemano que este principio resulta completamente indiferente en lo que se refiere a la dirección de la industria? Esta dirección sigue estando en manos de la administración del Estado, fuera del alcance de los sindicatos... Bujarin se parece a esos pedagogos que enseñan según los métodos antiguos, haciendo estudiar los manuales de tal a cuál línea, y alentando la «iniciativa» de sus alumnos haciéndoles elegir a compañeros para el servicio de la clase, para el refectorio, para juegos y espectáculos...

De esta manera los dos sistemas se concilian y se compenetran de maravilla. En lo que se refiere a saber qué saldrá de ahí, para qué servirán los alumnos de nuestros eclécticos mentores, ésa es otra cuestión. Si Anatol Vasilievich Lunatcharsld se viera obligado, en sus reuniones con profesores, a perder el tiempo refutando herejías

semejantes, el cargo de comisario del pueblo para la instrucción pública sería insoportable...

De todos modos, no se debe exagerar al rebajar el valor de los métodos educativos de nuestros camaradas dirigentes en relación con los sindicatos. Todos, sin exceptuar a Trotsky, comprenden que la «iniciativa» desempeña en la educación un papel nada despreciable. La verdad es que todos ellos tratan de descubrir en qué terrenos pueden los sindicatos, sin perjuicio para el sistema burocrático del Estado en su conjunto, manifestar su iniciativa y su actividad económica.

El terreno más inofensivo que se ha encontrado donde pueda ejercerse esta iniciativa de las masas y esta «participación activa en la vida del país» (según Bujarin), es el de la mejora de las condiciones de vida. La Oposición toma muy en cuenta esta cuestión, pero comprende perfectamente que el terreno esencial donde debe ejercerse la actividad primordial del proletariado es el de la creación de nuevas formas económicas, dentro de las cuales las condiciones de vida serán sólo una parte. Para Trotsky y Zinóviev, por el contrario, la producción debe organizarse a partir de la administración estatal, mientras que los sindicatos reciben la invitación de dedicarse a la función, útil pero restringida, de velar por el orden doméstico. Zinóviev, por ejemplo, identifica el «papel económico de los sindicatos» en la distribución de ropas de trabajo; también dice que «no hay funciones más importantes que las económicas; actualmente, reparar un establecimiento de baños en Petrogrado es diez veces más esencial que pronunciar cinco conferencias excelentes».

¿Qué significa esto? O se trata de una confusión ingenua, o de un sabotaje deliberado del papel primordial y orgánico de los sindicatos en la producción y el desarrollo de las fuerzas productivas, bajo el pretexto de confiarles la limitada misión de organizar la vida cotidiana y el orden doméstico. Encontramos en Trotsky la misma idea, con formas un tanto distintas. Trotsky invita magnánimamente a los sindicatos a demostrar la más amplia capacidad de iniciativa en el terreno económico. Pero ¿en qué consiste esta iniciativa, o esta colaboración para mejorar la suerte de las masas?, ¿en poner cristales a un taller, en colmar los charcos delante de una fábrica? (Discurso de Trotsky en el congreso de mineros.) Perdón, camarada Trotsky, pero estas cosas pertenecen simplemente al orden doméstico y si reduces la actividad de los sindicatos a tan brillantes iniciativas, los sindicatos ya no serán escuelas de comunismo, sino escuelas profesionales de conserjes. Claro que Trotsky abre un campo más amplio para la «iniciativa de las masas», haciéndoles un llamamiento, no para organizar de manera independiente las condiciones de vida (ir más allá de esto significa estar loco como la Oposición Obrera) sino tan sólo para que tomen lesiones del Consejo de Economía Nacional para mejorar la suerte de los obreros. «En todo lo concerniente a los obreros, a su alimentación, al ahorro de sus energías, los sindicatos deben conocer (conocer, no participar activamente), no sólo en términos generales, como el público en general, sino en detalle, todos los trabajos corrientes desarrollados en el Consejo Superior de Economía Nacional» (discurso del 13 de diciembre). Los mentores del Consejo Superior de Economía Nacional ya no se contentan con obligar a los sindicatos a ejecutar: sus planes; además comentan sus prescripciones ante sus alumnos. Ya es todo un adelanto si se compara con el sistema aplicado a la Federación de Transportes.

Pero no hay obrero que no pueda comprender que, por muy útil que sea poner cristales en un taller, no hay en ello nada que se parezca a la dirección de la industria. Las fuerzas productivas y su desarrollo no tienen nada que ver con semejantes operaciones. La pregunta planteada es ésta: ¿cómo desarrollar las fuerzas productivas? ¿Cómo organizar la vida económica, cómo conciliar las nuevas condiciones de vida con las necesidades de la producción de manera que pueda ahorrarse un máximo de energía para

obtener un resultado benéfico, la disminución de la suma de trabajo improductivo? El partido puede formar un soldado, un agitador político, o al ejecutor de un plan previamente elaborado. Pero no puede formar al constructor de la economía comunista; sólo el sindicato abre un campo a la actividad creadora en el terreno económico.

Por lo demás, éste no es el papel del partido. Su papel consiste en crear, entre unas masas obreras agrupadas por la identidad de su ideal económico, unas condiciones favorables para la formación del obrero que crea a su vez nuevos métodos de trabajo, nuevas formas de utilizar la mano de obra, nuevos reagrupamientos de energías productivas. Para vencer la crisis económica, para realizar la economía comunista, el obrero debe ante todo imaginar un nuevo método de organización del trabajo y nuevos procedimientos de dirección.

Desgraciadamente, la cumbre de nuestro partido no comparte hoy esta verdad obvia y marxista. ¿Por qué? Porque la cumbre confía más en los burócratas y los técnicos heredados del antiguo régimen que en el espíritu creador y saludable de la clase proletaria.

En otros terrenos, es todavía posible preguntarse si la dirección debe pertenecer a la colectividad obrera o a los especialistas burócratas: en la educación de las masas, en el desarrollo científico, en la organización del ejército o del sistema sanitario; en cualquier terreno menos en el económico, respecto al cual la respuesta es indiscutible y evidente para todos los que todavía no hayan olvidado la historia.

Ningún marxista ignora que el restablecimiento de la producción y el desarrollo de las fuerzas productivas mediante el progreso técnico pasa a segundo plano en relación a otro factor, la organización racional del trabajo y el descubrimiento de un nuevo sistema económico. Aun en el caso de que la Rusia soviética realizara íntegramente su plan de electrificación, si no aportara al mismo tiempo novedades fundamentales en cuanto a la administración y la organización de su economía nacional no haría otra cosa que ponerse al nivel de los países capitalistas. En cambio, en lo que se refiere al empleo racional de energías y a la formación de un nuevo sistema de producción, la Rusia trabajadora está colocada en unas condiciones particularmente favorables, que le permiten dejar muy atrás a todos los países burgueses y capitalistas gracias al desarrollo de sus fuerzas productivas. En la Rusia soviética ya no existe el estímulo proveniente del desempleo. La clase obrera, liberada del yugo del capital, tiene algo nuevo y original que decir en cuanto a la aparición de nuevas motivaciones para el esfuerzo y a la creación de formas de producción aún inéditas.

¿Quién será capaz de manifestar, en este terreno, ese espíritu creador, esta intuición innata y razonable? ¿Los burócratas que dirigen la administración pública, o los sindicatos, cuyos miembros, enriquecidos por la experiencia en la organización de las fuerzas productivas en el taller, poseen conocimientos prácticos y realmente útiles que permiten reorganizar la economía nacional?

La Oposición Obrera defiende el principio de que la dirección de la economía nacional pertenece a los sindicatos; en este punto es más marxista que los teóricos de nuestros centros dirigentes.

Sin embargo, la Oposición Obrera no ignora la importancia del papel que desempeñan la técnica y la ciencia. No pretende constituir un órgano de dirección elegido por el Congreso de los trabajadores y disolver luego los Consejos de Economía Nacional y las oficinas centrales. Ve las cosas de una manera muy distinta. Quiere subordinar a su dirección las oficinas centrales, que son indispensables, técnicamente necesarias; darles directrices teóricas, utilizarlas igual como en otros tiempos, los fabricantes utilizaban a técnicos y especialistas a sueldo para realizar los planes que ellos concebían y esbozaban. Los especialistas pueden hacer grandes aportes en mejoras técnicas, pueden facilitar la búsqueda del proletariado; son necesarios e indispensables, así como la ciencia y sus

progresos son necesarios para la clase militante en ascenso. Pero los especialistas burgueses, aunque lleven pegada la etiqueta de comunistas, son incapaces, y moralmente impotentes, para aumentar las fuerzas productivas en un Estado no capitalista, descubrir nuevos procedimientos de organización del trabajo o encontrar nuevos estímulos para incrementar el esfuerzo. Respecto a todo esto, es la clase quien tiene la palabra, es decir, su encarnación más sólida y evidente: los sindicatos.

Cuando, en la fase intermedia entre la Edad Media y la época moderna, la burguesía en ascenso empezó la lucha económica contra la clase feudal, económicamente decadente, no tenía ninguna ventaja técnica frente a la nobleza. El primer capitalista, el revendedor, se veía obligado a comprar la mercancía al artesano que, empleando limas, tijeras y tornos primitivos, elaboraba objetos para su amo, su propietario, o para el mercader de otras tierras con quien practicaba un comercio «libre». Pero el sistema de servidumbre, después de alcanzar su más alto nivel de perfección, dejó de resultar beneficioso, y el crecimiento de las energías productivas se hizo más lento. Entonces, la humanidad se encontró ante la alternativa de entrar en una fase de decadencia económica o de buscar nuevas formas de trabajo y, por consiguiente, un nuevo sistema económico capaz de aumentar el rendimiento, ampliar y hacer retroceder los límites de la producción y abrir nuevas posibilidades de progreso de las energías productivas.

¿Quién podía entonces encontrar una nueva vía para reorganizar la producción? Naturalmente, los representantes de la clase que no estaba ligada por la rutina del pasado, que comprendía que la tijera y el torno en manos del siervo eran infinitamente menos rentables que los mismos instrumentos en manos de un obrero «libre», es decir, asalariado, estimulado incesantemente por el aguijón de la miseria.

Y la clase naciente y en ascenso, habiendo descubierto el motor esencial de la productividad del trabajo, construyó sobre esta base todo el sistema, complejo y grandioso en su género, de la producción capitalista...No fue sino más tarde cuando los técnicos acudieron en ayuda de los capitalistas, en el momento en que el nuevo sistema de organización de trabajo exigía, en la base, nuevas relaciones entre el trabajo y el capital.

La situación es hoy la misma. Ningún especialista o técnico impregnado por la rutina del pasado puede aportar nada vivo ni vivificador en la organización del trabajo ni en la creación de una economía comunista. En este punto, la clase obrera tiene la palabra. El gran mérito de la Oposición Obrera está en haber planteado de forma clara y franca, ante el partido, esta cuestión extremadamente importante.

Lenin considera que el elemento creador del comunismo en el terreno económico puede manifestarse por el canal del partido. ¿Es esto cierto? Ante todo, ¿cómo funciona el partido? Según Lenin, «engloba a la vanguardia del proletariado revolucionario». Y es el partido el que luego dispersa a esta vanguardia en la administración del Estado, restituyendo a parte de ella a los sindicatos, privados de todo campo de acción en la dirección y la organización de la economía nacional; y ahí estos comunistas, bien educados, abnegados, a veces con mucho talento, se ven asfixiados y corrompidos por la atmósfera de rutina y de burocratismo que impregna todos los órganos que presiden la creación económica» (la influencia de estos camaradas se borra, se debilita, su capacidad de iniciativa se pierde).

En los sindicatos las cosas suceden de otro modo. Aquí, el contenido proletario es más denso, los elementos son más homogéneos, el objetivo colectivo está estrechamente ligado a los intereses del trabajo y de la vida cotidiana de los trabajadores, los cuales forman parte de los comités de fábrica, de las direcciones de fábrica o de las oficinas sindicales. La iniciativa creadora, la búsqueda de nuevas formas económicas, de motivaciones nuevas para intensificar el trabajo, son cosas que sólo pueden nacer en el seno de esta colectividad natural de la clase proletaria. La vanguardia de esta clase puede

hacer la revolución, pero sólo la clase en su conjunto es capaz, a través de la práctica cotidiana de su vida de clase, de servir de base económica de la nueva sociedad.

Quien no crea en las facultades primordiales de la colectividad proletaria, cual expresión más viva son los sindicatos, debe renunciar para siempre a crear la economía comunista. Ni Krestinsky, ni Preobrazhensky, ni siquiera Lenin o Trotsky, han podido descubrir infaliblemente, a través del partido, a aquellos, entre los obreros, capaces de encontrar, experimentar y revelar el nuevo sistema de producción, la forma nueva de tratar con el trabajador, porque obreros así sólo pueden encontrarse en medio de la existencia cotidiana de hombres que son a la vez productores y organizadores de la producción.

Por desgracia esta verdad, simple y clara para cualquier obrero, ha sido olvidada por la cumbre de nuestro partido. El comunismo no puede decretarse. Ha de crearse mediante la búsqueda de los hombres, mediante el impulso creador de la propia clase obrera, a veces a costa de errores.

El punto de litigio, en las apasionadas discusiones entre la cumbre de nuestro partido y la Oposición Obrera, es éste: ¿A quién confía nuestro partido la realización de la economía comunista? ¿Al Consejo Superior de Economía Nacional, con sus ramificaciones burocráticas, o a los sindicatos? Trotsky quiere que se opere entre el Consejo Superior y los sindicatos, una «fusión», de forma que el primero engulla a los segundos. Zinóviev y Lenin quieren someter a las masas sindicales a una educación comunista llevada de tal manera que los sindicatos se disuelvan sin dolor en el seno de la administración estatal. Bujarin y todos los demás fabricantes de tesis dicen en el fondo lo mismo; con variación en las fórmulas y diferencias en las palabras; pero el fondo es idéntico.

Solamente la Oposición Obrera habla de otra manera y defiende los intereses de clase del proletariado en la elaboración y la realización de aquello que constituye su tarea esencial.

La dirección de la economía nacional, en la República del Trabajo, en la época de transición en que nos encontramos, debe confiarse a un órgano elegido por los obreros. Sin embargo, los departamentos económicos del Estado no hacen más que poner en práctica la política económica del órgano supremo de la República de los trabajadores. Todo lo demás no es otra cosa que estancamiento, y pone en evidencia una falta de confianza en las energías creadoras de los obreros, una falta de confianza que es indigna de nuestro partido, el cual debe todo su poder precisamente a la fuente inagotable de energía revolucionaria del proletariado.

No tiene nada de extraño que, al celebrarse el Congreso, los autores de las distintas plataformas económicas, excepción hecha de la Oposición Obrera, se hayan puesto de acuerdo en base a concesiones recíprocas y a compromisos. No los separa nada esencial.

Sólo la Oposición Obrera no debe ni puede hacer concesiones. Esto no quiere decir que quiera una escisión. Tiene como objetivo, y, aun en el caso de resultar vencida en el Congreso, seguiría en el partido para defender firmemente, paso a paso, su punto de vista, para salvar al partido y rectificar su comportamiento.

Una vez más, en pocas palabras, ¿qué pretende la oposición Obrera?

1. Constituir el órgano de dirección de la economía nacional en base a los obreros, a los productores mismos.

2. Para conseguir que los sindicatos, en vez de colaborar pasivamente con los departamentos económicos del Estado, participen activamente y manifiesten en estos departamentos la iniciativa creadora de los obreros, la Oposición Obrera elabora una serie de medidas previas que preparan progresivamente el establecimiento de este régimen.

3. La dirección de tal o cual rama de la industria sólo se pondrá en manos del sindicato correspondiente cuando el Consejo central Panruso de los sindicatos haya reconocido que está lo suficientemente preparado para ello.

4. Quedan rigurosamente prohibidos los nombramientos para puestos administrativos de la industria sin autorización del sindicato. Los candidatos de los sindicatos son impuestos obligatoriamente. Los delegados enviados por los sindicatos son responsables ante ellos y pretenden ser retirados por ellos.

5. Para la realización del plan así esbozado, debe empezarse por reforzar los sindicatos por la base, preparando a cada comité de fabricas para tomar la dirección de la empresa.

6. La concentración en una sola mano de la dirección de toda la economía nacional crea (más fácilmente que la actual dualidad entre el Consejo Superior de Economía Nacional y el Consejo Panruso de los Sindicatos) una unidad de voluntad que facilita la puesta en práctica del plan económico único, condición necesaria para el sistema comunista.

¿Es esto sindicalismo? ¿No es más bien la realización del programa de nuestro partido? ¿Y, por el contrario, no serán los mantenedores de las otras tesis los que se alejan del programa?

La burocracia y la iniciativa de las masas

¿Burocracia o iniciativa de las masas? Este es el segundo punto que separa a la cumbre del partido y a la Oposición Obrera. El problema de la burocracia se planteó, pero se examinó de una forma demasiado superficial, en el octavo Congreso de los Soviets. En esta cuestión como en la del papel y el carácter de los sindicatos, la discusión entró en una vía ciega. También aquí el debate es más profundo de lo que parece. En el fondo, consiste en lo siguiente: en el momento en que se constituye la base económica

del comunismo, ¿cuál es, para los trabajadores, el sistema de gobierno que garantiza las más amplias posibilidades de acción a la iniciativa del proletariado? ¿El sistema burocrático de la administración estatal, o la iniciativa, amplia y práctica, de las masas obreras? Plantear esta pregunta significa poner frente a frente dos principios que se excluyen mutuamente de forma inevitable, la burocracia y la capacidad de iniciativa. ¡Se pretende, a la fuerza, incluir esta pregunta en la cuestión de los medios de vivificar el aparato soviético! También aquí se escamotea el debate, como en la discusión sobre el papel de los sindicatos.

Hay que decirlo de forma clara y rotunda: las medidas tomadas a medias, las modificaciones de detalle en las relaciones entre las oficinas centrales y los órganos administrativos locales, u otras innovaciones igualmente insignificantes y mezquinas, como cambiar de puesto a militantes influyentes o enviar a comunistas a la administración estatal, donde a pesar suyo, se dejan integrar en el clima burocrático y se disuelven entre los elementos burgueses, no pueden aportar la menor democratización ni la menor revitalización en la administración soviética.

No es de esto de lo que se trata. En la Rusia soviética, cualquier niño sabe que el problema consiste en lograr la participación de la mayor masa posible de obreros, campesinos y jornaleros en la organización de la vida económica de la vida cotidiana y del Estado de los trabajadores. El problema está claro. Dicho en otros términos: hay que despertar la iniciativa de las masas. Ahora bien: ¿qué se hace para alentar y facilitar esta iniciativa? Nada. Al contrario. Ciertamente que en cada asamblea decimos a los obreros y a las obreras: «Cread la nueva vida, construid. ¡Ayudad al poder de los soviets!» Pero si a la

masa, a un grupo determinado de obreros o de obreras, se le ocurre tomarse en serio nuestro llamamiento y trata de ponerlo en práctica, alguno de nuestros órganos burocráticos, inmediatamente, considerará la cosa como una intrusión y les dará con la regla en los dedos a esos iniciadores demasiado fogosos... Nuestros camaradas tendrán presentes decenas de casos en que los obreros han pensado organizar ellos mismos un refectorio, una guardería, una corta de leña, etc.; todas y cada una de las veces su interés vivo e inmediato por la tarea ha quedado aniquilado por la lentitud burocrática por el peregrinaje de sección a sección, las negativas, la reiniciación de trámites, etc. Con esas fuerzas y ese ardor hubiera podido organizarse un refectorio, una corta de leña o una guardería, pero en cambio se recibía una negativa basada en la escasez de objetos de mobiliario en los almacenes centrales, la falta de caballos para el acarreo de la leña o la ausencia de local para la guardería... Con cuánta amargura ven y saben los obreros que si les dieran la posibilidad de actuar llevarían el proyecto a buen fin; con cuánto despecho reciben negativas como éstas cuando ellos mismos han encontrado ya los medios necesarios y se los han asegurado... Entonces la iniciativa decae, la voluntad de actuar queda asfixiada. «Si es así como van las cosas ¡que sean las oficinas quienes se preocupen de nosotros!» Y con esto se produce la más funesta de las divisiones. «Nosotros», son los trabajadores, y «ellos» los funcionarios soviéticos de quienes todo depende. Eso es lo peor de todo.

Ahora bien, ¿qué hace la cumbre de nuestro partido? ¿intenta descubrir la raíz del mal, reconoce francamente que el sistema aplicado y realizado por medio de los soviets, lejos de alentar la iniciativa de las masas, no hace más que ahogarla? No, nuestra cumbre no hace esto. Al contrario: en vez de encontrar la forma de alentar la iniciativa de las masas, las cuales, si se dieran determinadas condiciones, se avendrían perfectamente

con la flexibilidad de nuestros órganos soviéticos, la cumbre se conviene de repente en defensora, en paladín de la burocracia. Muchos camaradas repiten, siguiendo a Trotsky, que «lo que nos molesta no es haber adquirido los aspectos malos de la burocracia, sino no haber adquirido los buenos,» (Hacia un plan económico único).

La burocracia es la negación directa de la iniciativa de las masas. Por esto todo aquel que, en la República de los trabajadores, base el sistema administrativo sobre el principio de alentar las iniciativas y hacer un llamamiento a las masas para que participen en esta administración, se ve forzado a no contemplar en la burocracia buenos o malos aspectos y, pura y simplemente, a rechazar el sistema burocrático como absolutamente pernicioso.

La burocracia no es un fenómeno surgido de nuestra miseria, como afirma Zinóviev; no es tampoco un reflejo del hábito de subordinación ciega contraído bajo el régimen militar, como dicen otros; el fenómeno es más profundo. Proviene de la misma fuente de donde procede nuestra política inestable y equívoca respecto a los sindicatos: la influencia creciente, en el aparato gubernamental, de grupos sociales extraños no sólo al comunismo, sino incluso a las más elementales aspiraciones sociales del proletariado. La burocracia es una plaga que ha penetrado hasta lo más hondo en nuestro partido y corroe en toda su extensión los órganos soviéticos, como reconocen no sólo la Oposición Obrera, sino también muchos de los camaradas más conscientes que han quedado fuera de este grupo.

No sólo se ha reprimido la iniciativa de la masa sin partido (cosa que, en rigor, podría comprenderse como consecuencia lógica de la atmósfera tensa de la guerra civil); también se ha amputado al máximo la iniciativa de los miembros del partido. Cualquier iniciativa independiente, cualquier idea nueva que no haya pasado por la censura de los centros dirigentes, se considera una herejía, una violación de la disciplina del partido, como algo que atenta contra los derechos del Centro, que debe preverlo y prescribirlo

todo. Si no ha prescrito, no hay sino esperar. Ya llegará el día en que el Centro disponga de tiempo y prescriba; entonces ya se podrá, dentro de un marco estrictamente determinado, desplegar la iniciativa...

¿Qué ocurriría, por ejemplo, si a miembros del Partido Comunista ruso, a quienes les gustaran los pájaros, se les antojara fundar una sociedad para la protección de los pájaros? El proyecto parece útil; de cualquier modo, resulta agradable, y nada susceptible de atentar contra los «planes gubernamentales». Pero sólo parece. Inmediatamente entrarían en escena organismos burocráticos que alegarían tener el derecho de organizar esa sociedad, que la fundarían dentro del aparato del Estado y de este modo, aniquilarían la iniciativa directa, reemplazándola por montones de legajos e instrucciones cuyo manejo proporcionaría trabajo a centenares de nuevos funcionarios y recargarla, en la misma medida, los servicios de correos y transporte.

La esencia de la burocracia y su carácter perjudicial no residen tan sólo en su lentitud, como quisieran hacernos creer los camaradas que trasladan el debate al terreno del aparato soviético, sino en el hecho de que las decisiones no se adoptan como resultado de un intercambio de opiniones, a través de la vía normal, sino mediante una decisión desde arriba, tomada por un individuo o un minúsculo núcleo, con la ausencia total o casi total de las personas interesadas. Una tercera persona decide de la suerte de cada cual: esta es la esencia de la burocracia.

Frente a los sufrimientos crecientes que la clase obrera padece como resultado del caos de esta época de transición, la burocracia resulta inapta e impotente. El milagro del entusiasmo necesario para aumentar la producción y mejorar la suerte de los obreros sólo puede producirse a través de la iniciativa viva de las masas obreras afectadas, a condición de que esta iniciativa no se vea estorbada y limitada a cada paso por un sistema de jerarquías y prescripciones. Los marxistas, y en particular los bolcheviques, han debido siempre su fuerza a que no se han dedicado tanto a tratar de obtener éxitos cercanos e inmediatos (como los oportunistas y los conciliadores) como a esforzarse por colocar al proletariado en unas condiciones que le permitieran dar temple a su energía revolucionaria o desarrollar sus facultades para la acción. La iniciativa de los obreros nos es indispensable, pero le cerramos el camino.

Entre nosotros, el miedo a la crítica y a la libertad de pensamiento, vinculado con el burocratismo, adquiere a veces proporciones de caricatura.

¿Qué iniciativas son posibles sin libertad de opinión y de pensamiento? La iniciativa no se manifiesta únicamente en determinado acto concreto, en tal o cual trabajo sino más bien en el independiente trabajo de la inteligencia. Nos da miedo la independencia de las masas, vacilamos en dejar libre curso al espíritu creador del proletariado, tememos la crítica, hemos perdido la confianza en las masas; de ahí proviene nuestra burocracia. He aquí por qué la Oposición Obrera considera a la burocracia como nuestro enemigo, nuestro azote y el mayor de los peligros para la vitalidad del Partido Comunista.

Si queremos curarnos del mal de la burocracia, que se ha cobijado en la administración del Estado, debemos ante todo curarnos del mal burocrático que hace estragos dentro del partido. Para combatir la burocracia hay que combatir al sistema en su conjunto. Cuando nuestro partido admita, y no de palabra y en teoría, como base de nuestra administración, la independencia de las masas, los organismos estatales se convertirán automáticamente, por la fuerza misma de las cosas, en órganos vivos que cumplirán funciones revolucionarias y comunistas, y dejarán de ser los simples aparatos de contabilización, los cementerios de legajos y los laboratorios de circulares muertas ya al nacer que están siendo ahora, cada vez más.

Hay que tener claro ante todo que nuestros dirigentes no tienen razón al decir: hoy accedemos a soltar un poco las bridas, porque no tenemos ninguna amenaza seria en el frente; pero así que surja algún peligro volveremos al sistema militar. No tienen razón porque debemos recordar que lo que salvó Petrogrado, lo que permitió defender Lugansk, y otras ciudades, y territorios enteros, fue el heroísmo. ¿Estaba solo el Ejército Rojo? No. Tenía al lado la actividad directa y la iniciativa heroica de las masas obreras. Cada uno de los camaradas tendrá presente en el momento del peligro que nuestro partido lanza un llamamiento a la iniciativa de las masas como ancla salvadora. Es verdad que en el momento del peligro conviene fortalecer la disciplina, la rapidez y la exactitud en la ejecución, el espíritu de abnegación, tanto en el proletariado como en el Partido Comunista; pero entre esas manifestaciones del espíritu de clase y la subordinación ciega preconizada, estos últimos tiempos, por nuestro partido, media un abismo.

La Oposición Obrera, junto con un grupo de militantes de Moscú, reclama, para sanear el partido y eliminar el nefasto espíritu burocrático, la puesta en práctica de los principios democráticos, no sólo en los periodos de tregua, sino también en casos de crisis interior o exterior. Esta es la condición primera y esencial para sanear el partido y volver a los principios de su propio programa del cual, bajo la presión de elementos extraños, se aleja cada vez más en la práctica.

La segunda condición que reclama imperiosamente la Oposición Obrera es la de liberar al partido de sus elementos no proletarios. Cuanto más se fortalece el poder de los soviets mayor es el número de elementos extraños, arribistas, que no comparten el ideal o que, incluso, le son hostiles, infiltrados en el partido; hay que emprender una limpieza general. Para ello, hay que partir de la base de que los más revolucionarios de los elementos no obreros ingresaron en el partido durante el período de la Revolución de Octubre. *El Partido Comunista debe ser un partido obrero*; sólo bajo esta condición podrá resistir con éxito a los elementos pequeño burgueses procedentes del exterior a las influencias campesinas o a los especialistas, servidores inveterados del capital.

La Oposición Obrera propone revisar el caso de todos los comunistas no obreros ingresados en el partido después de Octubre, y expulsar a todos los que hayan ingresado después de 1919, concediéndoles el derecho a pedir su readmisión en un plazo de tres meses.

También deberá imponerse cierto tiempo de trabajo manual a todos los elementos no obreros que quieran reingresar o ingresar en el partido; tiempo de trabajo que deberá insertarse en las condiciones ordinarias de vida y de trabajo del obrero.

El tercer paso decisivo hacia la democratización del partido consiste en que los comités provinciales y de distrito, así como el mismo Comité central, se compongan de manera que los obreros directamente ligados con las masas, tengan ellos una influencia preponderante.

En estrecha relación con este artículo del programa de la Oposición Obrera, está el que pide que todos nuestros centros dirigentes, desde el Comité central hasta los comités de distrito dejen de ser órganos que rigen los detalles cotidianos de la vida política y que intervienen en los nombramientos y los cambios de puesto inspirándose del estrecho ángulo de visión de tal o cual oficina, para convertirse en órganos de control de la política general del aparato soviético.

Ya hemos señalado que la crisis de nuestro partido resulta de la conjunción de tres tendencias, diversas en cuanto a su composición social: la clase obrera, la clase campesina junto con la pequeña burguesía, y los restos de la antigua burguesía alta, representados por los «especialistas» y los hombres de negocios.

Serán razones de carácter político las que obligan a los órganos centrales o locales del Estado, a los comisariados e incluso al Consejo de los Comisarios del Pueblo, así

como al Comité Ejecutivo central, a prestar oídos y a amoldarse a estos tres grupos heterogéneos de población de nuestra República de los trabajadores. Pero esto no deja de afectar la pureza y la firmeza de la línea de clase cuyo intérprete, en interés de la Revolución, debe ser el Partido Comunista. Ahora bien; dentro de él las consideraciones de política general empiezan a sobreponerse a los intereses de la clase obrera.

Para que el Comité Central y los diversos comités del partido defiendan realmente la pureza de nuestra política de clase y llamen al orden a los órganos del Estado cada vez que se advierta, en su política, una desviación de nuestro programa, debe reducirse al máximo el número de los militantes que ocupen a la vez cargos importantes en los organismos del Estado y en los del partido.

Recordemos que Rusia no ha logrado todavía unificar sus intereses económicos; es, por el contrario, una masa social heterogénea, y el Estado soviético se ve obligado a veces a conciliar intereses contrarios, a elegir un término medio y a mantener la balanza equilibrada.

Para que el Comité Central de nuestro partido sea un centro capaz de dominar la política de clase, el órgano del pensamiento comunista y el que ejerza el control permanente de la política efectiva de los soviets, la encarnación moral de los principios de nuestro programa, es necesario reducir, sobre todo en el Comité Central, el número de aquellos de sus miembros que ocupen al mismo tiempo funciones en los órganos supremos del Estado.

A este efecto, para que tengamos comités comunistas que sean realmente instrumentos de control moral de la administración del Estado y la mantengan dentro de una estricta línea de clase, y para reforzar también la actividad in tema del partido, la Oposición Obrera propone adoptar, para toda Rusia, la siguiente medida general: la tercera parte, por lo menos, de los miembros de los comités comunistas, no ocuparán ninguna otra función en el partido o en los organismos estatales.

La cuarta reivindicación esencial de la Oposición Obrera es que el partido vuelva al principio electoral.

El principio de los nombramientos sólo es admisible a título excepcional, en casos especiales, y en cambio se ha convertido en regla. El nombramiento es el rasgo característico de la burocracia. Ahora bien: se ha instaurado en todas partes, es algo admitido y legal. El nombramiento crea dentro del partido un clima malsano, rompiendo las relaciones de igualdad y camaradería; alimenta el arribismo, ofrece un terreno abonado al favoritismo y a toda una gama de fenómenos lamentables en la actividad práctica de nuestro partido y del Estado. El nombramiento priva del sentido de responsabilidad a aquel que ha sido designado desde arriba para mandar sobre otros, y ahonda el abismo entre la cumbre y los escalones más bajos.

El beneficiario del nombramiento está en realidad fuera de todo control, ya que desde arriba no se le pueden seguir los pasos en detalle y desde abajo no hay medios para llamarle al orden y destituido si está por debajo de sus tareas. Normalmente se crea en torno suyo una atmósfera «oficial» atestada de ambiciones e intrigas, atmósfera que contamina a sus colaboradores y desacredita al partido. El principio del nombramiento es una negación absoluta del principio colectivo. El principio del nombramiento favorece la ausencia de responsabilidad. El nombramiento desde arriba debe abolirse y reemplazarse por la electividad a todos los niveles. Sólo pueden ser «delegados» los camaradas que han sido elegidos para los centros dirigentes por un congreso o una conferencia (por ejemplo, los miembros del comité central, de los comités provinciales o de distrito).

Finalmente, es condición indispensable para sanear el partido destruir dentro de él el espíritu burocrático, volver al antiguo estado de cosas, cuando todas las cuestiones esenciales de la vida comunista y de la vida política soviética eran examinadas por las

masas antes de serlo por la cumbre. Así se había en la época de clandestinidad, e incluso en el tiempo en que se concluyó la paz de Brest.

Hoy ya no ocurre así. A pesar de las promesas retumbantes de la Conferencia Panrusa de septiembre, un asunto tan serio como el de las concesiones sorprendió a las masas tan súbitamente como una avalancha.

Y no fue sino a consecuencia de las diferencias entre los dirigentes que la cuestión del papel de los sindicatos se sometió a discusión entre los comunistas.

Una amplia publicidad, libertad de opinión, libertad de discusión, derecho a la crítica dentro del partido y entre los miembros de los sindicatos: este es el método decisivo para abolir el sistema burocrático.

La libertad de crítica, el derecho por parte de las distintas tendencias a manifestarse libremente en las asambleas del partido, el derecho a discutir, son cosas que ya sólo la Oposición Obrera reclama. Varias de las medidas reivindicadas por la Oposición desde antes de la Conferencia Panrusa son ahora, bajo la presión creciente de las masas, verdades reconocidas oficialmente. Basta con leer la plataforma sobre la estructura interior del partido elaborada, con ocasión del congreso, por el comité de Moscú, para poder afirmar que la Oposición Obrera puede vanagloriarse de progresos de su influencia. ¿Podría haberse esperado, sin su existencia, un paso a la izquierda como éste por parte del comité de Moscú? Pero no debería exagerarse la importancia de este paso, no siendo más que una declaración presentada al congreso. Podría muy bien sucederle a esta plataforma lo mismo que, en el curso de estos últimos años, ha sucedido muchas veces con las decisiones de nuestros dirigentes: en los congresos y en las conferencias adoptan, bajo la presión de las masas, las medidas más radicales; pero una vez terminado el congreso, la vida vuelve a sus cauces y la decisión se convierte en una aspiración olvidada...

¿No fue esto acaso lo que ocurrió con la decisión de nuestro octavo congreso que ordenaba expulsar del partido a los elementos impuros, hacer más difícil el ingreso en el partido de los elementos no obreros? ¿Y qué pasó con la decisión de nuestra conferencia de 1920 reemplazando los nombramientos por un sistema de recomendaciones? Dentro del partido no han desaparecido las desigualdades, a pesar de las decisiones en este sentido, reiteradas tantas veces. En lo que se refiere a persecuciones contra camaradas que tienen una «opinión propia» diferente de la opinión prescrita desde arriba, es un mal que no ha desaparecido... Podrían darse numerosos ejemplos. Así pues, si estas decisiones no se ponen en práctica, hay que deducir la necesidad de suprimir la causa esencial que impide su realización, es decir, hay que echar del partido a los que temen la publicidad, la responsabilidad ante las masas y la libertad de crítica; éstos son o bien elementos no obreros infiltrados en el partido, o bien obreros con la mentalidad aburguesada bajo la influencia de estos mismos elementos. No basta con limpiar al partido de elementos no obreros recurriendo a depuraciones, a un reforzamiento del control en la admisión de nuevos miembros o a cualquier otro medio; también hay que aprender a abrir de par en par nuestras puertas a los obreros. Hay que facilitarles el ingreso en el partido comunista, hay que crear dentro del partido una atmósfera de más estrecha camaradería para que el obrero se sienta en el partido como en su casa, para que vea en cada uno de nuestros dirigentes no a un jefe, sino a un camarada con más su experiencia, dispuesto a estudiar solícitamente sus necesidades y sus aspiraciones. Muchos camaradas, sobre todo obreros jóvenes se alejan del partido por culpa de la intolerancia, las exigencias, la severidad cicatera que mostramos con ellos en vez de orientarlos reflexivamente y de reeducarlos poco a poco dentro del espíritu del comunismo.

Junto a la mentalidad burocrática reina en nuestro partido la frialdad oficial. La camaradería sólo existe entre las masas.

Nuestro congreso no debe olvidar otro detalle poco halagador. Debe comprender por qué la Oposición Obrera reclama mayor igualdad, la supresión de los privilegios dentro del partido, la afirmación de la responsabilidad de cada militante ante las masas que lo han delegado o elegido.

Por esto, en su campaña para afirmar el espíritu democrático en el seno del partido y para abolir el espíritu burocrático, la Oposición Obrera proclama tres principios fundamentales:

1. Electividad a todos los niveles, supresión de los nombramientos y de los delegados, fortalecimiento de la responsabilidad ante las masas.

2. Publicidad dentro del partido (tanto en lo que se refiere a las apreciaciones personales respecto a los candidatos como a los problemas generales), consideración de la opinión de las masas (examen a fondo de los problemas en las asambleas generales, realizándose luego en la cumbre la síntesis de las opiniones; admisión de cualquier miembro del partido en las sesiones de los centros dirigentes donde se traten asuntos particularmente confidenciales) libertad de crítica y de opinión (no sólo derecho a discutir libremente, sino también ayuda material para las publicaciones de las distintas tendencias del partido).

3. Aumento de la influencia de los obreros en todo el partido, restricción de la acumulación de cargos en los puestos de dirección del partido y en la administración del Estado.

Este último punto es particularmente grave y esencial, porque no debe olvidarse que nuestro partido no sólo tiene que construir el comunismo, sino que también tiene la obligación de preparar a las masas para el comunismo, de educarlas para un período quizá largo de lucha contra el capitalismo mundial, lucha que puede adoptar las formas más inesperadas y nuevas. Sería ingenuo imaginarse que, después de rechazar en los campos de batalla la agresión de los guardias blancos y del imperialismo, no tenemos ya que temer ninguna nueva ofensiva por parte del capital, ningún intento de apoderarse de la Rusia Soviética empleando medios indirectos, para penetrar en nuestra vida, para subyugar a la República del Trabajo a los intereses del capitalismo. Es un deber de nuestros centros dirigentes prepararse para esta nueva página de nuestra historia revolucionaria.

La solución más elegante del problema consistirá en establecer una estrecha y continua vinculación entre nuestro partido y los organismos estatales; pero sobre todo con los sindicatos. En este caso la acumulación de cargos, en vez de desviar la política de nuestro partido de la pureza de su línea de clase, le dará, por el contrario, en el momento en que nos encontramos, mayor firmeza y fuerza para resistir a las influencias del capitalismo mundial que se ejercen a través de los tratados comerciales y de las concesiones.

Aumentar la influencia de los obreros en el seno del comité central significa constituir un comité central en el que los representantes directos de la masa comunista dejarán

de desempeñar el papel de comparsas para convenirse por fin en el vínculo real e indisoluble entre el comité y las masas de obreros sin partido de los sindicatos, y esto les capacitará para tener siempre en cuenta y concretar las exigencias del momento, las necesidades y las aspiraciones de su clase, y para orientar la, política del partido hacia su verdadera política de clase.

Esto es el programa de la Oposición Obrera. Esta es su misión histórica. Aunque la cumbre de nuestro partido la haga de lado desdeñosamente, la Oposición Obrera es la única fuerza viva y activa con la que nuestro partido debe contar y contará.

La pregunta que se plantea ahora es la siguiente: ¿Es necesaria una oposición? Desde el punto de vista de los intereses de la emancipación del proletariado mundial, ¿hay

que felicitarse de su aparición, o si acaso un fenómeno indeseable que hace bajar la energía combativa del partido y disgrega sus filas?

Cualquier camarada sin prejuicios contra la Oposición y que desee abordar la cuestión con imparcialidad, razonando por sí mismo, y no de acuerdo con lo que quiere tal o cual autoridad consagrada analizará esta cuestión, y quedará convencido por lo que antecede de que la Oposición es útil y necesaria. Es útil ante todo porque desentumece las ideas. En el curso de estos años de revolución nos ha distraído tanto la acción, el trabajo práctico, que hemos dejado por completo de juzgar nuestro comportamiento a partir de los principios de la teoría. Hemos olvidado que no es sólo durante el periodo de lucha por la conquista del poder cuando el proletariado puede cometer grandes errores y extraviarse en la ciénaga del oportunismo. Estos errores son también posibles en la época de la dictadura, sobre todo cuando, por todos lados, ruge la furia imperialista y la República soviética se ve obligada a actuar dentro del cerco capitalista. En momentos así no basta con ser un político o un estadista sensato, hay que saber también guiar al partido y, con él, a toda la clase obrera, por el camino de la intransigencia y de la acción proletaria; no debe dejarse nunca de preparar a esta clase para una larga lucha contra las nuevas formas de influencia burguesa a las que recurre el capitalismo universal para dominar a la República soviética. La consigna de nuestro partido debe ser, hoy más que nunca, estar en guardia, aguzar la atención.

La Oposición Obrera ha puesto estas cuestiones a la orden del día; este es su mérito ante la historia. Las ideas se han puesto en movimiento. Se ha iniciado el análisis de lo realizado. Se ha empezado a criticar. Ahora bien: allí donde hay crítica, análisis, trabajo, agitación y búsqueda de ideas, hay creación, vida, y por lo tanto un movimiento hacia adelante, hacia el futuro. No hay nada tan horrible y pernicioso como el estancamiento de las ideas, los moldes, la rutina... Nosotros empezábamos ya a caer en la rutina y, si no fuera por la Oposición, aunque se haya manifestado de manera muy imperfecta, podríamos apartarnos del buen camino hacia el comunismo sin ni tan sólo darnos cuenta. Y entonces nuestros enemigos se frotarían las manos, los mencheviques se reirían señalando con el dedo, nuestros extravíos cada vez más acusados.

Hoy, esto es imposible porque el congreso, y por lo tanto nuestro partido, se verán obligados a contar con la existencia de la Oposición Obrera y, aun en el caso de que no lleguen a un compromiso con ella, tendrán que hacer de todos modos una serie de concesiones muy importantes bajo su presión y su influencia.

El segundo mérito de la Oposición Obrera consiste en haber abierto la discusión sobre la cuestión siguiente: ¿Quién debe, en último término, crear las nuevas formas de vida económica? ¿Los técnicos, los hombres de negocios atados al pasado por toda su mentalidad, los funcionarios soviéticos, que cuentan con algunos comunistas verdaderos perdidos dentro del conjunto, o la colectividad de la clase obrera personificada por lo, sindicatos?

La Oposición Obrera repite lo que ya escribieron Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*, que sirve de base a nuestro programa: el comunismo puede ser y será otra de las masas obreras por sí solas. Corresponde a los obreros crear el comunismo.

Por último, la Oposición Obrera ha alzado la voz contra la burocracia. Se ha atrevido a decir que la burocracia corta las alas a la iniciativa y al espíritu creador de la clase obrera, ahoga las ideas, frena la iniciativa económica y los intentos de descubrir nuevos métodos de producción: en una palabra, seca la fuente creadora de las nuevas

formas de producción y de vida. Reemplazar el método burocrático erigido en sistema por el sistema de la iniciativa de las masas trabajadoras. En este punto, nuestros dirigentes han hecho ya concesiones y tienden a admitir la desviación del partido, con detrimento del comunismo y de los intereses de la clase obrera (condena del sistema de

Trotsky en los transportes). No hay duda de que el congreso hará muchas más concesiones a la Oposición Obrera en este terreno. De modo que, aunque la Oposición Obrera no haya aparecido sino hasta hace pocos meses como grupo constituido dentro del partido, ha cumplido ya su misión, ha agitado las ideas, las ha sacado del estancamiento, ha obligado a los centros dirigentes del partido a escuchar la voz saludable de los obreros y de las colectividades proletarias.

La cumbre del partido puede tronar contra la Oposición Obrera; la Oposición tiene el futuro a su favor. Como tenemos fe en la fuerza vital de nuestro partido, sabemos que después de un momento de tozudez, de vacilación, de zigzags y de rodeos políticos, nuestro partido acabará por entrar en el camino que le señalan espontáneamente, con su instinto de clase, los proletarios estrechamente unidos y organizados. No habrá escisión. Si acaso hay grupos que se desvinculen del partido, en todo caso no serán los de la Oposición Obrera. Serán tan sólo aquellos que, ante la acuidad de la guerra civil, quieren erigir como principio ciertas infracciones momentáneas del espíritu general del programa comunista, y que quisieran aferrarse a ellas como si fueran lo esencial de nuestra línea de conducta política.

Pero todos aquellos que, en nuestro partido, están acostumbrados a reflejar el pensamiento del proletariado gigante, en ascenso y con las alas desplegadas, almacenarán y asimilarán todo lo que la Oposición Obrera aporta de sólido, de realmente sano y de vital a la estructura de nuestro partido. El obrero de la masa tiene sus razones para decir en tono confiado y conciliador: «Ilich reflexionará, dará vueltas a todo esto, nos escuchará y dará un golpe de timón hacia el lado de la Oposición. Ilich

seguirá estando con nosotros». Cuanto más se apresure la cumbre del partido a tomar en cuenta: el trabajo de la Oposición y en andar en la dirección señalada por las masas, antes saldremos de la crisis de las dificultades actuales, antes cruzaremos el límite anhelado en que la humanidad, liberada de leyes económicas que le son extrañas, empezará a crear conscientemente la historia de la humanidad, en la era del comunismo, gracias a una voluntad colectiva enriquecida por los frutos de la ciencia.

Febrero, 1922

Series de Alejandría Proletaria:

- Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)
 - Alejandra Kollontai, escritos
- Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti
 - Armand, Inessa
- Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España
 - Balias, Jaime (Los Amigos de Durruti)
 - Bleibtreu, Marcel
 - Broué, Pierre. Bibliografía en red
 - Clara Zetkin, escritos
 - Comunas de París y Lyon
 - Ediciones Espartaco Internacional
 - Frenca, Cintia y Daniel Gaido
 - Heijenoort, J. Van
 - Just, Stéphane. Bibliografía en red (en francés)
 - Louise Kautsky
 - Mary-Alice Waters
 - Mehring, Franz
 - Murphy, Kevin
 - Obras completas de G. Munis
 - Obras escogidas de G. V. Plejánov
 - Obras escogidas de Karl Kautsky
 - Obras y escritos de Stéphane Just
 - Obras, textos y artículos de Agustín Guillamón
 - Parvus (Alejandro Helphand)
 - Rakovsky, Khristian (Rako)
 - Riazanov, David. Textos y materiales diversos
 - Rühle, Otto
 - Textos de apoyo
- Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75

Nuestro sello hermano Edicions Internacionals Sedov:

- *Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional*
- *Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *Eleanor Marx*
- *Internacional de Mujeres Socialistas*
- *La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918*
- *La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- *Lenin: dos textos inéditos*
- *León Sedov: escritos*
- *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*
- *Marx y Engels, algunos materiales*
- *Obras Escogidas de León Trotsky en español*
- *Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
- *Obres escollides de Lenin en català*
- *Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
- *Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*